

LOS INVASORES

EGON WOLFF

Chile 1963

PERSONAJES

PIETÁ, esposa de Meyer

LUCAS MEYER

CHINA

TOLETOLE

MARCELA, hija de Meyer

BOBBY, hijo de Meyer

EL COJO

ALÍ BABA

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un living de alta burguesía. Cualquiera: son todos iguales. Lo importante es que nada de lo que ahí se ve sea barato. A la izquierda, un porche a mayor nivel, con la puerta de entrada de la calle. Al fondo, la escala de subida al segundo piso. A la derecha, una puerta que da a la cocina y una ventana que mira al parque. Cuando se alza el telón, el escenario está en penumbra. Es de noche. Después de un rato, ruido de voces en el exterior, llaves en la cerradura, y luego, una mano que prende las luces. Entran Lucas Meyer y Pietá, su mujer. Visten de etiqueta, con sobria elegancia. En cuanto se prenden las luces, Pietá se lanza al medio de la habitación. Abre los brazos. Gira sobre sí misma.

PIETÁ. (Radiante.) ¡Oh, Lucas, es maravilloso... es maravilloso! (Gira.) ¡La vida es un sueño... un sueño! (Se lleva las manos a las sienes y mira hacia el cielo.) ¡Ven! (Meyer se acerca a ella y la abraza por detrás; ella, sin mirarlo, siempre con los ojos en el cielo.) Alguna vez, ¿algún... «ruido» entre nosotros? Uno de esos ruidos terribles, sordos..., ¿como entre los otros? (Meyer niega mudo.) ¿Sólo pequeños ruidos? (Meyer afirma. Pietá gira y lo besa con fuerza.) ¿Por qué? ¿Porque somos ricos?

MEYER. Puede ser.

PIETÁ. Ricos, ricos, ricos, ricos, ricos... ¿Qué significa? ¡Ricos! (Ambos ríen.) ¿Qué significa?

MEYER. Felicidad.

PIETÁ. Sí...Libres como pájaros...Doce horas para llenarse la piel de sol, en la noche, perfumes...Pero, ¿es sólido todo eso?

MEYER. ¿Sólido? ¿Y por qué no?

PIETÁ. No sé... Me asusta... Cuando todo sale bien, me asusto.

MEYER. He gozado la noche, mirándote... Irradías. (La besa.)

PIETÁ. Sí. Me siento hermosa. Eres tú, Lucas... Todo lo que pones a mi alrededor, me embellece.

MEYER. (Oprime su talle.) El talle fino. (Toca sus caderas. Besa su cuello.) Eres mujer, Pietá. Mujer, con mayúsculas. Mi mujer. Me haces olvidar que envejezco. Eso no está bien; es contra natura.

PIETÁ. (Con sensual coquetería.) ¿Me lo reprochas?

MEYER. Sabes que no, pero...son cincuenta años, mujer.

PIETÁ. (Toca la punta de su nariz con su dedo enguantado.) Durante el día en tu fábrica, cuando le dictas a tu secretaria y te pones grave, tal vez, pero de noche, eres eterno. Soy yo quien te lo aseguro... (Lo chasconeale levemente.) Veintidós años casada contigo, Lucas, y no me has aburrido... ¡Gracias!

MEYER. Te compraría el mundo, si eso te entretuviera...

PIETÁ. Lo sé...y eso me asusta un poco.

MEYER. ¿Te asusta?

PIETÁ. (Alejándose un poco de él.) Susto o temor, no sé. En todo este aire de cosas resueltas con que me rodeas, esa sombra de tu.... invulnerabilidad...

MEYER. Invulnerable... ¿yo?

PIETÁ. Nunca una duda, nunca un fracaso... Pones tus ojos en algo y vas y te lo consigues. Simplemente te lo consigues. Nunca has dejado de hacerlo... Tal vez hasta me conseguiste a mí, de esa manera.

MEYER. (La abraza.) ¡Oh, vamos!

PIETÁ. Es verdad... Te temo... Para qué lo voy a negar; o temo por ti, no sé... Cuando nos casamos, tuve que preocuparme del porvenir como cualquier mujer; partimos con tan poco... Pero muy pronto, poco a poco, cada inversión, la justa; cada disposición, la precisa; y, al fin, esta mansión: «la mansión de los Meyer», y tu posición de ahora, inviolable...

MEYER. No todo me ha resultado tan fácil, como suena dicho por ti.

PIETÁ. ¿Y por qué tengo, entonces, esa sensación de... vértigo? ¿de peligroso desequilibrio? Creo en la justicia divina... Sí, sí, tal vez sea una supersticiosa, una primitiva, pero no todo les puede resultar bien siempre a los mismos.

MEYER. (Riendo.) Les llegó el turno a los otros, ¿eh?

PIETÁ. No te rías.

MEYER. ¿No es ése el pánico del día? ¿También llegó a ti la cháchara idiota?

PIETÁ. No es eso...

MEYER. ¿Por qué mencionas todo esto, entonces? Nunca hablamos de estas cosas.

PIETÁ. No sé... Tal vez, la gente de esta noche. Al verlos a todos tan... desfachatados. ¡Insolentes, sí! (Como recolectando recuerdos.) De repente, pensé que era el fin. Risas que celebraban el fin. Una perfección corrupta. (Se vuelve hacia él.) Tengo miedo, Lucas.

MEYER. ¿Miedo...? Pero, ¿de qué?

PIETÁ. No sé... Miedo, simplemente. Un miedo animal. Esta noche donde los Andreani, rodeada como estaba de toda esa gente, sentí de pronto un escalofrío. Una sensación de vacío, como si me hundiera en un lago helado..., en un panorama de niebla y chillidos de pájaros.

MEYER. ¡Absurdo!

PIETÁ. Sí, absurdo, pero ¿qué es ese miedo? Existe. Es como un presagio.

MEYER. (Cortante, de pronto.) No sé de qué estás hablando. Deben ser tus insomnios.

PIETÁ. (Alarmada.) No sufro de insomnios, Lucas.

MEYER. ¡Niebla y chillidos de pájaros! ¿Cómo puedo interpretar tamaña tontería?

PIETÁ. Tú sabes. ¿Has sentido lo mismo? ¿Qué es?

MEYER. Te digo que no sé de qué estás hablando.

PIETÁ. Sí, sí sabes... Esta noche estabas insolente, lo mismo que ellos, la misma rudeza, la misma risa dolorosa. ¿Qué va a pasar, Lucas?

MEYER. (Lentamente, midiendo las palabras.) Ayer en la tarde estuvieron unas monjas de la caridad en mi oficina y les hice un cheque por una suma desmesurada; por poco hipoteco la fábrica a su favor. He estado pensando mucho en eso, desde ayer... ¿Qué me impulsó a ello? Lo curioso es que ni siquiera abogaron mucho por mi ayuda... Simplemente se colaron en mi oficina como salidas del muro y se plantaron ante mí con las manos extendidas, y yo les hice el cheque... como si estuviera previsto que no me iba a negar. Después se retiraron haciendo pequeñas reverencias y sonriendo irónicamente, casi con mofa..., como si toda la escena hubiera estado prevista.

PIETÁ. ¿Fue miedo lo que sentiste?

MEYER. No... Lo hice simplemente, como si fuera lo natural. En el fondo, sentí que si no lo hacía, esas monjas se habrían puesto a llorar por mí.

PIETÁ. ¿Llorar por ti?

MEYER. Sí. Creo que quise evitarles ese trance... penoso. Extraño...

PIETÁ. Paralización... Como lo que le sucedió a Bobby el otro día; el día helado y húmedo de la semana pasada, ¿recuerdas? (Lucas asiente.) Ese día le quemaron su casaca de cuero a Bobby en el patio de la universidad.

MEYER. ¿Quemaron?... ¿Su casaca de cuero?

PIETÁ. Sí, no te lo quise contar, entonces, para evitarte molestias. Sucedió cuando los muchachos salieron de clase por la tarde y pasaron por la guardarropía a recoger sus abrigos... No había abrigos en esa guardarropía.

MEYER. ¿Qué habían hecho con ellos?

PIETÁ. Gran Jefe Blanco, el viejo portero albino, del que hacen burla los muchachos, porque con el frío del invierno se le hinchan las articulaciones de los dedos y gime del dolor tras su puerta, había hecho una pira en el patio con los abrigos y se calentaba las manos sobre la lumbre...

MEYER. (Ultrajado.) ¡Pero, eso no es posible! ¿Qué hacían las autoridades de esa universidad para impedir ese atropello?

PIETÁ. Nada. Estaban todos, el rector y el Consejo, mirando el espectáculo desde las galerías. Algunos hasta aplaudían...

MEYER. Imposible.

PIETÁ. Así fue...

MEYER. ¿Dónde vamos a parar, si no paramos esas insolencias? ¿Por qué no echaron a patadas al insolente?

PIETÁ. Por la misma razón que hiciste tu cheque.

MEYER. ¡Pero si es idiota! ¿Dónde vamos a parar, repito? Echarlos a patadas... ¡Eso es lo que voy a hacer con esas monjas, si se vuelven a colar en mi oficina!

PIETÁ. Fue absolutamente de mal gusto de parte de la Renée salir a bailar con el garzón, hoy, durante la fiesta, ¿no te parece? Se veía que lo hacía con repugnancia... Su condición de dueña de casa no la obligaba a ello, ¿no crees?

MEYER. La gente ha perdido sus nervios... Ha habido tanto palabreo, últimamente, de la plebe alborotada, que todos hemos perdido un poco el juicio. El mundo está perfectamente bien en sus casillas.

PIETÁ. Sí... Flota un espanto fácil, como el de los culpables. No somos culpables de nada, ¿no es cierto?

MEYER. Ya lo creo que no.

PIETÁ. Tu fábrica, esta casa, no las hemos robado, ¿no es verdad?

MEYER. Todo ganado honestamente, en libre competencia.

PIETÁ. ¿Qué, entonces?

MEYER. Te digo que es estúpido. Nadie puede perturbar el orden establecido, porque todos están interesados en mantenerlo... Es el premio de los más capaces.

PIETÁ. Por otra parte, Lucas..., nuestros hijos. Al verlos, ¿a quién le cabrían dudas de que son hijos perfectos de una vida perfecta, no crees?

MEYER. Evidentemente, Marcela crece como una bella mujer; Bobby, un poco loco de ideas, pero... está bien... No más amenazas entonces, ¿eh?

PIETÁ. Pobre niño... Me ha prometido ayudarme en mi jardín... Odia podar las rosas, el pobre. ¿Has visto cómo cubren ya mi glorieta?

MEYER. (Besa sus manos.) Sí... Tus manos milagrosas.

PIETÁ. Es un hermoso jardín... Estoy orgullosa.

MEYER. Y yo de ti. (La besa.) Vamos, es tarde. Mañana es un día de mucho trabajo... (Se encaminan hacia la escalera, abrazados.)

PIETÁ. (Deteniéndolo al pie de la escalera.) Dime, ¿tú viste también a esa gente extraña que andaba por las calles, mientras veníamos a casa?

MEYER. ¿Gente extraña?

PIETÁ. Sí. Como sombras, moviéndose a saltos entre los arbustos.

MEYER. ¡Ah!, ¿quieres decir los harapientos de los basurales del otro lado del río?

PIETÁ. ¿Eran ellos?

MEYER. Ésos cruzan periódicamente para venir a hurgar en nuestros tarros de basura. La policía ha sido incapaz de evitar que crucen a esta parte, de noche...

PIETÁ. Podría jurar que vi a dos de ellos trepando al balcón de los Andreani, como ladrones en la noche.

MEYER. (Algo impaciente, al fin.) ¡Oh, vamos, Pietá!, Esa gente es inofensiva; ninguno se atrevería a cruzar una verja y menos a trepar a un balcón. ¿Para qué crees que les dejamos nuestros tarros en las aceras? Mientras tengan donde hojar, estarán tranquilos. ¿Vamos?

PIETÁ. Esta noche me dejarás dormir contigo, ¿quieres?

MEYER. ¡Oh, vamos! Creo que exageras un poco. Si alguno de esos infelices se atreviera a entrar en esta casa, Nerón daría buena cuenta de él, con sus dientes afilados.

PIETÁ. Sí, pero... me dejarás dormir contigo, ¿no es verdad?

Se cobija en él, mientras desaparecen ascendiendo escalera arriba. De pasada, Meyer apaga las luces y la habitación queda a oscuras; sólo una débil luz ilumina la ventana que da al jardín. Después de un rato, se proyectan unas sombras a través de ella y luego una mano manipula torpemente la ventana, por fuera. Un golpe y cae un vidrio quebrado. La mano abre el picaporte y por la ventana cae China dentro de la habitación. Viste harapos. Forra sus pies con arpillera y de sombrero luce un colero sucio, con un clavel en la cinta desteñida. Contradice sus andrajos un cuello blanco y tieso, inmaculadamente limpio. Desde el suelo observa la habitación con detenimiento. Arriba se oyen pasos.

VOZ DE MEYER. ¿Qué hay? ¿Quién anda?... ¿Quién anda ahí?

Se prende la luz y asoma Meyer en lo alto de la escala. Desciende cautelosamente. Ve a China y corre hacia la consola, de la cual saca un revólver que apunta sobre el intruso.

MEYER. ¿Y usted? ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace dentro de mi casa?

CHINA. (*Lastimero.*) Un pan... un pedazo de pan.

MEYER. ¿Qué?

CHINA. Un pedazo de pan, ¡por amor de Dios!

MEYER. ¿Qué te pasa? ¿Estás loco? ¡Entrar en mi casa, rompiendo las ventanas! ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera de esta casa, inmediatamente! (*Ante la impasividad del otro.*) ¡Fuera te digo! ¿No me oyes? ¿O quieres que llame a la policía? (*Pausa penosa.*) ¿Qué te pasa, hombre? ¿Eres sordo?

CHINA. Un pedazo de pan.

MEYER. Te descerrajo un tiro, si no sales de inmediato. (*Apunta.*)

CHINA. Era inevitable...

MEYER. ¿Qué dices?

CHINA. Que era inevitable que dijera "te descerrajo un tiro", y que tuviera uno de éstos (*Indica el revólver.*) escondido en alguna parte por ahí... Se lo dije al Mariscal.

MEYER. ¡Te doy diez segundos! Cuento. Uno... dos... tres...

CHINA. ¿Todo por un pedazo de pan?

MEYER. Cuatro... cinco...

CHINA. Una bala de eso cuesta más que el pan que le pido. El Mariscal discutió que era seguro que tendría "eso" (*El revólver.*) en casa, pero que sería práctico... y lógico. Aunque fuera tan sólo pan duro; no me quejo.

MEYER. Está bien; te doy el pan, pero te vas de inmediato, por donde entraste, ¿entiendes? (*Sale hacia la cocina y vuelve con un pan que lanza al otro.*) Y ahora, ¡fuera!

CHINA. ¿Ve?... El Mariscal tenía razón. (*Sonriendo candorosamente.*) Total... un harapiento. Nadie cambia un harapiento por una conciencia culpable. (*Masca el pan.*) La culpa de todo la tiene su empleada. No había más que papeles sucios y restos de sardina en el tarro... No como sardinas, me producen urticaria. (*Lanza un eructo fuerte.*)

MEYER. Seis... siete... ocho...

CHINA. Es inútil; no se exponga al ridículo.

MEYER. ¿Qué es lo que es inútil?

CHINA. Que pretenda contar hasta diez.

MEYER. ¿Por qué?

CHINA. (Sonriendo ampliamente.) Todos sabemos que sabe contar hasta diez y más de eso...

MEYER. (Rugiendo.) ¡Nueve!

CHINA. ¡No siga! ¡No va a disparar! Es mejor que no siga... Evitemos la vergüenza...

MEYER. ¡Diez! (El revólver tiritita en su mano apuntando a China; no dispara.)

CHINA. ¿Ve? Es una lástima... Ahora nos será más difícil entendernos. Ahora usted ya me odia... (Con fingida desazón.) Yo sabía que no dispararía. En cuanto dijo "te descerrajaré un tiro", lo supe. Los que saben matar no le ponen nombre al acto. Simplemente aprietan el gatillo, y alguien muere. Uno le pone nombre a las cosas para ganar tiempo. (Saborea el pan.)

MEYER. (Algo perplejo.) ¿Quién es usted?

CHINA. Sí, eso «es» lo que se hace acto seguido: averiguar el nombre. Parece que con saber el nombre de nuestros enemigos se nos hace más fácil dar en el blanco... Me llaman China, y usted es Lucas Meyer, el industrial... (Se acomoda en el suelo.) Y ahora que hemos cumplido con esta primera formalidad, puede irse a la cama, si quiere... Comprendo que es suficiente para usted para ser el primer encuentro. Que Dios acompañe a usted y a su bella esposa, en su sueño. Buenas noches.

MEYER. (Ultrajado.) ¿Qué se ha imaginado? ¡Salga de esta casa de inmediato! ¿Me oye? (China duerme impasible.) ¿Me oye?... ¡Fuera de mi casa! (Con ira impotente.) ¡Fuera, digo! (Pausa.) Está bien; puede dormir aquí esta noche, pero mañana, al alba, antes que nadie mueva un dedo en esta casa, usted sale por el mismo lugar que se coló, ¿entiende? ¡Que no lo encuentre dentro de la casa! (Se dirige hacia la escala.)

CHINA. (Sin levantar la cabeza.) Ya le decía yo al Mariscal que usted era un buen hombre. Un hombre que da trabajo a tanta gente en su fábrica no puede ser otra cosa que un buen hombre... ¿Cómo iba a permitir que un harapiento muriera de frío, durmiendo bajo el rocío helado? ¡Gracias, buen hombre!

Meyer va a apagar las luces, cuando se oyen pasos arriba.

VOZ DE PIETÁ. Lucas, ¿por qué te demoras tanto? ¿Qué pasa?

MEYER. ¡Nada, mujer! ¡Un gato que entró por la ventana! ¡Ya lo eché a la calle!

CHINA. (Ante los gestos de Meyer, que lo conminan a hablar más bajo.) ¡Eso fue inteligente! ¡Muy inteligente! ¡Nadie habría sabido encontrar salida más honorable a la situación! ¡Estupendo!

VOZ DE PIETA. ¿Qué pasa, Lucas?

MEYER. Voy, mujer, voy.

Sube y apaga la luz. La escena sigue un rato a oscuras. Luego se ve otra mano que asoma por juera, en medio del haz de luz. Palpa el cerrojo. Tamborilea contra los vidrios.

VOZ DE TOLETOLE. ¡China! ¡Abre, China! (China muge.) ¡China, sé bueno! ¡Hace frío! (Sigue tamborileando los vidrios, débil e intermitentemente.) ¡Ay, ay! ¡Chinita!

CHINA. (Levantándose, al fin, trabajosamente. Abre la ventana. Gruñe.) Te dije que no entraras hasta mañana...

TOLETOLE. (Sólo su cara asoma afuera; plañidera.) Hace frío afuera, China.

CHINA. Con dos, de repente, se va a asustar.

TOLETOLE. (Tirita.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Por Diosito!

CHINA. Está bien, entra... ¡Rápido!

TOLETOLE. (Entrando torpemente.) Dos no caben en la casucha del perro. (Casi llorando.) Alí Baba se coló primero... Traté de meterme, pero me patio la cara. ¡China! ¡Mira!

CHINA. ¡Ssh! ¡Cállate! ¿Quieres que nos oiga, estúpida? No quiero que se nos asuste... Con uno bastaba para la primera noche. Tiéndete ahí (Indica.) y calla la boca.

Toletale se acurruca donde le indican. Es joven. Fue rubia y hermosa. Viste harapos. Luce una rosa encarnada de raso en el pelo desgreñado. Se cubre con un enorme vestón de hombre deshilachado. Los bolsillos abolsados están llenos de cosas. Se hace un atado animal junto a China.

TOLETOLE. (Después de permanecer un rato yerta y como expectativa, respirando ruidosamente y tiritando.) ¿Cómo lo tomó, China?

CHINA. Duerme...

TOLETOLE. (Después de un rato.) ¿Sacó revólver y te amenazó con la autoridad, China?

CHINA. Mmh... Es práctico; mostró misericordia.

TOLETOLE. El primer día es fácil; vamos a ver mañana, ¿no es cierto?

CHINA. ¡Cierra la jeta! ¡Duerme!

TOLETOLE. (Tras pausa.) ¿Cómo es la casa?... ¿Bonita? Está tan oscuro; no se ve nada. (Al no recibir respuesta.) Tengo salame..., ¿quieres? (Saca de un bolsillo un trozo de salame, junto a dos girasoles de paño atados a tallos de alambre, unas herramientas nuevas de carpintería, escofina, etcétera; unas matracas multicolores y un calendario doblado en cuatro que representa un desnudo de mujer. Amontona todo cuidadosamente junto a sí. El desnudo lo cuelga sobre un cuadro del muro. Mientras, observa cada objeto con interés infantil.) Para cuanto te instales..., te arranches... Flores para mi pieza. Una mona desnuda para Alí Baba. Se la quise dar en la casucha del perro, pero me patió la cara. (Toma las matracas.) Y esto, para los críos, si alguna vez quieres que te los dé... (Hace girar las matracas, que suenan con gran algazara.)

CHINA. (Incorporándose de un salto, se las arrebató.) ¿Qué estás haciendo, estúpida? ¿No te dije que no hicieras ruido? ¡Ahora se va a asustar! (Mira las matracas.) ¿Y esto? ¿De dónde las sacaste?

TOLETOLE. (Aterrada.) De los Almacenes Generales de Plaza Victoria.

CHINA. Saqueo... ¿No te dije que no saquearas?

TOLETOLE. Estaba abierto, China... Habían arrancado las puertas. Todos se metían...

CHINA. ¡Imbéciles!

TOLETOLE. Yo no quise, pero me arrastraron dentro... Y entonces, era llegar y agarrar. Trenes eléctricos, China. Así, un montón... Y batas... batas de todos los colores... Y muñecas, ¡así de grandes! Me amarré las manos, pero no pude, China, agarré.

CHINA. Ahora tendrán ellos la última palabra.

TOLETOLE. Pero todo el mundo estaba feliz; eso también es bueno. Había gente de todas partes..., sentados en los mesones, resbalando por las escaleras. Riendo y riendo, con la boca así de grande. ¿Sabes lo que hizo el Tísico? Salió a la calle, bailando abrazado de un maniquí desnudo. Todo el mundo le hizo rueda, mientras bailaba mordiéndole los pechos de palo. (Ríe.)

CHINA. (Se ablanda; sonríe.) Lo malo es que ahora serán ellos los ultrajados... Saqueo, dirán, e invocarán la legitimidad del orden. (Como para sí, sabiendo que ella no entiende.) Quisiera que al final todo se hubiera hecho como envuelto en sábanas blancas..., limpio como el corazón de uno de nuestros muertos, pero, tal vez no es justo. (Se oyen pasos en la escalera. Es Meyer, que se ha puesto bata. Se prende la luz.)

MEYER. (Perplejo.) Y esto... ¿qué significa? (En sordina.) ¿Quién es esta mujer?

CHINA. (Imitándole, también en sordina.) Toletole... (A Toletole.) Saluda al señor. (Toletole se alza y saluda, como una niñita educada, con una genuflexión hasta el suelo; asustada.)

MEYER. ¿No pensará que además deberé soportar esto?

Toletole comienza a vagar por la habitación, mirando arrobada los objetos. Los toca con la punta de los dedos y lanza pequeñas exclamaciones de estupor y encanto.

CHINA. (En sordina.) Claro que no. ¿Por qué iba usted a tener que soportarlo? Es demasiado.

MEYER. ¿Entonces?

CHINA. Se lo advertí a ella, pero dijo que tenía frío afuera... así que, si usted lo desea, la echamos afuera, con o sin frío, ¿eh?

MEYER. Bueno, es decir...

CHINA. (Confidencialmente.) Así, confidencialmente, le aseguro que no tiene nada debajo del vestido, la sinvergüenza. Nada. Sólo la mitad de un traje de baño que le "levantó" por ahí. (Más confidencial aún.) Eso le pone la carne azul, sobre todo en noches heladas como ésta. No es muy estimulante, pero, ¿qué quiere usted? Uno tiene que conformarse con lo que le toca, ¿no le parece?

MEYER. (Sin saber qué decir.) Así me parece.

CHINA. (En tono de broma.) A veces uno llega a creer que está acostado con un cadáver. (Se ríe.) ¿La echamos fuera?

MEYER. Usted sabe muy bien que no puedo hacerlo.

CHINA. ¿Por qué no? Después de todo, ésta es su casa, caballero.

MEYER. Y después ustedes pueden decir que somos unos desalmados, ¿eh? No le daré ese gusto. Usted se queda con ella esta noche, y de madrugada salen por ahí, ¿entiende?

CHINA. Ya lo decía yo, en cuanto vi lo limpios que tenía los vidrios de las ventanas: usted es un caballero. Sólo un caballero se preocupa de tenerlos tan limpios... Sin embargo, usted no debería pensar así.

MEYER. ¿Cómo? ¿Qué?

CHINA. También existimos los agradecidos, los que sabemos lo que cuesta amasar todo esto. (Muestra la casa.) Es una bendición que, de vez en cuando, derramen algo sobre nosotros..., los irresponsables.

MEYER. (Extrañado.) Usted, en verdad, ¿piensa así?

CHINA. (Se levanta; pone un puño cerrado sobre su pecho.) Mi palabra de honor, si eso vale algo para usted.

MEYER. ¡Psh! ¡Mi mujer duerme arriba! (En ese momento, Toletole deja caer una porcelana que ha estado admirando; se quiebra con estruendo.)

CHINA. ¡Mira, estúpida, lo que has hecho! ¿Cómo se lo vamos a pagar ahora?

MEYER. ¡Pssh!... No es nada... Es sólo una de tantas...

CHINA. Babosa...

TOLETOLE. Pero, China, ¿para qué te enojas? Tenemos tantas más... (Muestra la porcelana rota.) De todos modos, ésa no me gustaba tanto... (Meyer mira estupefacto a China.) ¿No me dijiste que todo esto sería mío? ¿Desde ahora?

MEYER. ¿De qué está hablando esa niña?

CHINA. ¡Baila, Toletole, baila! ¡Paguemos la hospitalidad del caballero! (Resuena una música danzarina, de ritmo rápido, tocada en un solo instrumento de viento, a cuyo compás Toletole comienza a ejecutar una danza desabrida y triste; deja caer los brazos, con la mirada fija en algún punto lejano. Sólo los pies se mueven.) ¡Es nuestro número! Lo efectuábamos por ahí, en las plazas, por unas monedas. ¡Bonito, eh! (Casual.) ¿No tiene algún vinito en casa? (Meyer hace ademán de moverse.) No, no se moleste. ¿Por dónde? (Meyer indica, China sale hacia la cocina.) Con permiso... (Meyer, de pie, paralizado, observa el ritual miserable de Toletole, que sigue bailando.)

MEYER. (Después de un rato, sin poder contenerse ya, enervado.) ¡Basta! ¡Basta ya! (Toletole se detiene bruscamente y llora en silencio, en el momento en que China regresa, cargando una fuente con medio pollo y dos botellas de vino bajo los brazos.)

CHINA. Por favor... (Indica las botellas que Meyer toma, ya que China no puede hacerlo, y las pone sobre la mesa.) Oí que no le gustó el número al caballero. (Va sobre Toletole.) ¡Babosa! ¡Manera de agradecer la hospitalidad! (A Meyer.) Debe perdonarla... perdió todo donaire después de la neumonía del año pasado. ¡Imagine locura igual! Estar dos horas en el canal helado, todo por agarrar una coliflor que pasaba flotando. La sacamos, azul, de las mismas barbas de la alcantarilla... No es un espectáculo muy atractivo, es cierto. Le ruego perdonarla. (A Toletole, que acude presurosa.) ¡Ven a servirte! (A Meyer.) Usted nos acompaña, supongo.

MEYER. No, gracias... Los acompañaré desde aquí. (Se sienta en uno de los sofás; prende un cigarrillo.)

CHINA. Naturalmente... (Acariciando el pelo a Toletole, que masca el pollo con voracidad.) Antes era rubia, hermosa. ¡Maldita coliflor! (Mostrando la comida.) Usted perdonará, ¿no es cierto? No pensaba hacer esto, pero dada su hospitalidad tan natural...

MEYER. Usted ya se sirvió.

CHINA. Es verdad... Urbanidad; eso es algo que suele irse con los harapos. (Con la boca llena.) Lo mismo que la paciencia. (Pausa.) No le molesta nuestra... pestilencia, ¿no es verdad? (Ante un gesto de protesta de Meyer.) No, no... No disimule... Nosotros entendemos. El tufo de esto (Tironea sus mangas.) es horrible. ¿Sabe lo que es bueno para contrarrestarlo?

MEYER. No.

CHINA. (Sonriendo, con la cara llena.) El humo del cigarrillo. (Indica el cigarrillo de Meyer.) Yo creí que usted lo sabía. El Mariscal dice que es la razón de los perfumes: espantar el olor de la miseria; sin duda, es un exagerado.

MEYER. Ese... Mariscal... ¿Es uno de ustedes?

CHINA. ¿Uno del otro lado del río, quiere decir? (Meyer asiente.) Sí; es un extravagante. Por él, les cortaría el pescuezo a todos los ricos.

TOLETOLE. Es un mal hombre... un mal hombre...

CHINA. Calla y come. (A Meyer.) Lo dice porque le asusta su ferocidad. Cuando habla de los ricos, se pone morado... ¿Ha visto el color de las betarragas?

MEYER. ¿Betarragas?

CHINA. Ese color. Es un nihilista. Cree que con los ricos no hay caso. Sufren una especie de fiebre incurable... y contagiosa. Hay que gasificarlos, dice. ¡Extravagante! No sabe que la riqueza es una especie de... martirio.

MEYER. En cierto modo...

CHINA. No sea modesto. De todos modos; absolutamente de todos modos. Vamos, dígame aquí a Toletole con qué esfuerzo montó todo esto... (Ante un gesto evasivo de Meyer.) Vamos, no sea delicado. Cuéntele. Y tú (A Toletole.), aguza el oído. Es algo que vale la pena oír.

MEYER. Bueno... Trabajé.

CHINA. (A Toletole, acercando su cara a la de ella.) ¿Oíste? Trabajó, dice, ¿ves?... ¿Qué más?

MEYER. Evité despilfarros...

CHINA. (Blande la pechuga de pollo.) Sacrificios, privaciones. Eso es lo que el Mariscal no se quiere meter en su cabeza dura, ¿ves? (Bebe vino, se va entusiasmado.) ¿Y...?

MEYER. Ahorré...

CHINA. (Grita.) ¿Ves?... ¡Ahorró, dice! ¿Oíste? (Con exilada ferocidad.) ¡Cada centavo! Cada maldito centavo lo ahorró con santa paciencia. ¡Cada maldito centavo que pasaba por sus manos o por las manos de sus empleados, lo ponía a salvo! No había centavo que pasara por su vecindad, que no le pusiera sus manos encima. En cambio nosotros: botar y botar... ¡Siga, por favor, siga!

MEYER. (Entusiasmándose, a su vez, ante la euforia admirativa del otro.) Bueno..., no creía que esto pudiera verse por ese ángulo, pero... tiene razón, ¿sabe? Hay mérito en ello.

CHINA. (Come cada vez con mayor rabia.) ¿Mérito? ¡Virtud, Meyer, virtud! ¿Hasta cuándo vamos a estar con eso de que la codicia es un pecado? Es lo que opinamos nosotros, los frustrados..., los que por exceso de humanidad o muchos escrúpulos, terminamos filosofando ante una lata vacía de sardinas... ¡Son ustedes los que obran con justicia!

TOLETOLE. (Bostezando.) China, ¿no sería hora ya de subir? Tengo sueño...

MEYER. ¿Subir?

CHINA. (Golpea con la palma de la mano la frente de Toletole.) Se le ha metido la idea de que su señora esposa tal vez consentiría en cederle un lugarcito en su cama. De tanto desearlo, se le ha vuelto obsesión. ¡Pobrecita! (La acaricia.) ¡Vamos, estúpida, come! (A Meyer.) Siga, por favor.

MEYER. Bueno..., no crea que es oro todo lo que brilla. También esto de la riqueza tiene su lado ingrato...

CHINA. (Rompe un huevo duro y se lo come.) ¿Cómo, así?

MEYER. Se está en continuo conflicto con ciertas nociones románticas que persisten...

CHINA. ¿Tales como?

MEYER. Gente que lo acusa a uno de quitarle lo que es de ellos... De darles menos de lo que esperaban... Pequeñas obreras feas con gestos de odio... Hombrecitos que no dan la cara... Manos pedigüeñas... Marañas de incriminaciones que roban el sabor de lo ganado...

CHINA. Comprendo...

MEYER. Y después..., la eterna preocupación por conservar lo adquirido. Es como estar sentado... sobre un cedazo, ¿comprende?

CHINA. ¿En que los demás caen por los hoyitos y sólo usted queda sobre la malla?

MEYER. Hablo del dinero...

CHINA. ¡Ah! ¿Y el dinero?

MEYER. Es arena. Se escurre por los bolsillos como arena. Con el gobierno, los impuestos, las instituciones de caridad picoteando las manos... Hay que poseerlo para conocer esa angustia.

CHINA. ¿Te das cuenta, Toletole, lo difícil que es? Y después hay gente que aspira a ser rica.

MEYER. A usted, que parece tener comprensión, le contaré un caso para que aprecie.

CHINA. Cuente..., cuente...

MEYER. Hace años tuve un socio; instalamos una industria. El puso el capital; yo, administraría. El día que inauguramos, ardió todo. Un desastre. ¿Sabe lo que el tipo hizo?

CHINA. (Con la mayor naturalidad.) Se colgó de una viga de acero del galpón quemado, con una liga elástica azul estampada de flores de lis blancas.

MEYER. ¿Cómo lo sabe?

CHINA. Porque es inevitable que un tipo que ve arder su fábrica el día de la inauguración, cuando ha puesto en ello su vida y su esperanza, tendrá que colgarse con una liga de flores de lis blancas, de una viga o algo semejante...

MEYER. Y dejando al socio cargando con las más absurdas incriminaciones...

CHINA. Que usted ocasionó la muerte para quedarse con el molido.

MEYER. ¡Eso no es verdad! ¡Eso nunca fue verdad!

CHINA. Que usted torciera las cosas de tal manera que el seguro de la fábrica quedara a su nombre.

MEYER. ¡Eso no es verdad!

CHINA. O que la mujer y los tres niños -dos hombres y una niña- vivieron, de ahí en adelante, en un infierno de necesidades y miserias.

MEYER. ¿Cómo podía saberlo? (Ha estado retrocediendo.) ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe esto?

CHINA. (Con intensidad.) Porque son el género de imputaciones que se hacen a los tipos que, de la noche a la mañana, después de la muerte de un amigo, aparecen dueños de la empresa... ¡Papanatas de ayer, con tragaderas de pirata y un alma podrida!

MEYER. ¿Quién es usted?

CHINA. Un hombre que merodea...

MEYER. (Aterrado.) ¡El hermano que juró vengarse!

CHINA. (Con frío en la voz por primera vez.) Usted se equivoca. Usted ve lo que no hay. Me llaman China; uno de entre miles. Entre nosotros no hay sentimientos de venganza; sólo una gran calma en acecho...

MEYER. Mirelis... ¿Qué es lo que deseas de mí?

CHINA. (Cambiando súbitamente a la voz anterior, pedigüeña.) Un techo para protegernos del frío, patroncito, y un poco de pan...

MEYER. ¡No bromees conmigo, Mirelis! ¡Fuera! ¡No le ofrezco mi techo a un asesino!

CHINA. Paciencia, patroncito, paciencia...

MEYER. ¡Fuera, he dicho! ¡Fuera, o te saco fuera!

Va a dirigirse a la consola en que guarda el revólver, cuando, con gran estrépito, se abre la puerta de calle y entra Marcela, la hija de Meyer. Es una hermosa muchacha de un poco más de veinte años, resoluta y firme. Hay en ella un gesto insolente y algo que la hace distinta del resto de su familia. Viste un elegante traje de noche.

MARCELA. (Entra arrastrando el abrigo de piel que alguien ha arrancado de sus hombros.) Papá, ¿qué pasa? ¡La calle está llena de harapientos! ¡Hay dos hombres tendidos, aquí, en el mismo zaguán de la casa! ¡Uno trató de arrancarme el abrigo de pasada!

TOLETOLE. Alí Baba...

MARCELA. Han colgado a Nerón de un pilar de la verja. ¿Qué pasa, papá?

MEYER. (Mirando a China.) Una visita que hace tiempo había dejado de esperar...

MARCELA. Pero, papá, han colgado a Nerón. ¿Qué es esto? (Pausa; percibiendo la amenaza.) Papá, llama a la policía. Llama a la policía, papá, ¿qué te pasa? (Ante la actitud yerta de Meyer, va resuelta sobre el teléfono; marca.) ¿Aló? ¿Cuartel de Policía? Hablo de la casa de Lucas Meyer...

Insurgentes 241... Se han entrado unos vagabundos a la casa y no hay forma de sacarlos... ¿Aló?... ¿Por qué silba?... ¿Por qué silba, policía?... ¿Aló, qué pasa? ¿Quién habla?

TOLETOLE. El Manigua... Le dejaron media lengua en una pelea; ahora sólo sabe silbar. (Marcela deja caer el fono y mira, atónita, al grupo. Por el fono, que cuelga, se oye un silbido insistente.)

MEYER. (Tras breve pausa.) Ven, niña... Vamos a dormir... Es tarde.

MARCELA. Pero, papá..., ¿qué haces? ¡Echa fuera a esta gente! ¡Haz que salga de la casa!

MEYER. Vamos, niña, no grites... No despiertes a tu madre. Te explicaré... (La toma de los hombros y la lleva hacia arriba.)

CHINA. (Una vez solos.) Se asustaron, ¿ves? Es lo que me temía. Hay que tener toda clase de consideraciones con ellos; viven al borde mismo del susto... (Va a buscar una alfombra, con la que cubre a Toletole y a sí mismo.) De todos modos, hay que reconocerlo; nos ofreció su casa con bastante dignidad. Ven, vamos a dormir un poco. (Toletole apaga la luz y se tiende a su lado.) Mañana va a ser un poco más duro.

CUADRO SEGUNDO

La mañana siguiente. La misma habitación. Al lado de la alfombra doblada se ven platos con restos de comida y botellas vacías. Pasa un rato y baja Lucas Meyer, en bata; baja cautelosamente y se aproxima a la ventana. Mira afuera. Afuera resuenan ahora risas y gritos. Lejos, un clamoreo de voces y guitarrero. Está en eso cuando baja Pietá en camisa de dormir.

PIETÁ. (Bajando la escalera.) Lucas, ¿qué pasa? ¿Quiénes son esa gente que está en el jardín? Me levanto y lo primero que veo por la ventana es esa gentuza... ¿Qué hacen aquí?

MEYER. (Se acerca a ella; toma sus manos.) Calma, mujer... Por favor, tienes que tener calma. .

PIETÁ. ¿Calma? ¿Tú los dejaste entrar?

MEYER. Mujer, te explicaré, pero cálmate...

PIETÁ. (Va hacia la ventana y mira al jardín.) ¡Mira, mi glorieta! ¡Mira cómo rompen mi glorieta! ¡Y mis flores! ¡Bailan sobre mis anémonas! (Se vuelve, espantada.) ¿Qué hace esa gente en nuestro jardín?

MEYER. Ven, deja explicarte... (La lleva hacia un sillón.)

PIETÁ. ¡Échalos afuera, Lucas! ¿Qué estás esperando?

MEYER. No puedo, mujer.

PIETÁ. ¿No puedes? ¿Qué...?

MEYER. Tendrás que ser muy valiente, mujer... Escucha...

PIETÁ. ¿Quién es esa gente, Lucas?

MEYER. Los invasores, Pietá. (Pausa.) Los hombres que tiran abrigos a la fogata... Que mandan monjas a meterse por los muros... Nos han hecho zancadillas con sus bastones de ciego. Nos han metido a tirones flores en las solapas...

PIETÁ. Lucas, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

MEYER. Llegaron finalmente, Pietá... Ya golpearon nuestra puerta. (Afuera aumenta el canto con tamboreo.) No he dormido una pestañada, esperando que a la mañana todo esto no fuera más que un sueño horrible; pero los ruidos aumentaron durante la noche. (Mira a Pietá.) Cruzaron el río, al fin... Ya no los podemos parar.

PIETÁ. Pero, ¿y la policía? ¿Qué hacen?

MEYER. El Manigua está sentado en la silla del prefecto. Lo han cubierto todo, como un ejército de termitas. Dejamos que su número creciera demasiado... demasiado.

PIETÁ. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a entregar, así?

MEYER. No sé aún. ¡No puedo pensar! Todo ha sido demasiado aturdidor. (De súbito.) ¡La fábrica! Deben haber dejado intacto ese sector. Está lejos del río; para llegar a él, hay que cruzar toda la ciudad. (Corre hacia el teléfono; marca.) ¿Aló, Camilo? El patrón... ¿Cómo está todo allá? ¿No ha pasado nada? (Suspiro de alivio.) Por nada, nada... Escucha, Camilo, pon candado doble en los portones, ¿entiendes? ¡Doble! Y no abras a nadie hasta que yo llegue, ¿entiendes?... ¿Cómo dices?... ¿Los obreros? ¡A los obreros ábreles, idiota, éstos tienen que trabajar! ¿Qué quieres hacer con mi fábrica? (Cuelga.) Camilo no ha visto nada, eso quiere decir que no es más que un pillaje... No hay que ofrecer resistencia, ¿entiendes? Por ningún motivo; ¡ninguna resistencia!

PIETÁ. Pero, ¿y la casa..., mis cosas?

MEYER. No importa la casa, mujer. Esto pasará... Sólo vienen a saciar sus estómagos hambrientos; démosles lo que quieren y se irán.

PIETÁ. ¿Con Marcela, tu hija, y esos brutos en la casa?

MEYER. La niña no sale de su pieza, por ningún motivo. No existe, simplemente. A Dios gracias, Bobby aloja afuera. No hay problema por ese lado. (Marcela baja la escalera. Viste bata de levantarse.)

MARCELA. ¿Qué quieres decir con eso de que no salga de mi pieza, papá? ¿No creerás que les tenga miedo a esos animales?

PIETÁ. ¡Marcela, vuelve a tu pieza, de inmediato!

MARCELA. No seas ridícula, mamá. Ésta no es la Edad Media. (A Meyer.) ¿Qué te pasa, papá? ¿Tienes miedo? Está bien, son saqueadores, ¿y qué? Algún día tenían que venir, más aún si nosotros nos arrinconamos como conejos asustados... (Se vuelve hacia la puerta que da al jardín.)

PIETÁ. Marcela, ¿qué haces?

MARCELA. Voy a arreglar esto. (Toma un látigo, que cuelga decorando un rincón de la habitación.)

MEYER. ¡Deja eso!

MARCELA. (Desde la puerta del jardín.) En tu fábrica te he visto mandar. ¿Será que éstos, allá, tienen que obedecerte? (Sale; se oye su voz afuera.) ¡A ver, ustedes, mugrientos! ¿Qué hacen en esta casa? ¡Fuera! (El tamboreo se acalla; cae un silencio amenazador.) ¡Fuera, he dicho! ¡A juntar esas tiras inmundas y a la calle!

VOZ DE CHINA. ¡Quieto, Alí Baba! (Se oye un látigo afuera y un gemido. Luego, un grito asustado de Marcela y un clamoreo de voces.) ¡Dejen, imbéciles, dejen! ¡Suéltala, Alí Baba! ¡Suéltala! (Meyer, que había permanecido en la habitación, corre afuera. Pietá llora y se tapa la cara. Afuera ceden los gritos y vuelve a caer el silencio. Regresa Meyer con Marcela en sus brazos. Sangra de la cara. Tras ellos entra China y, luego, Alí Baba, un muchachote huesudo, desgarrado. También sangra de la mejilla. Pietá corre a recibir a Marcela, que solloza.)

PIETÁ. ¡Brutos! ¡Brutos! ¿Qué le han hecho a mi niña? (Se la lleva escalera arriba.)

MEYER. (En cuanto desaparecen, tembloroso, pálido.) Está bien, Mirelis, te entiendo. Quieres vengarte... ¿Qué debo hacer?

CHINA. (Mirando el látigo en sus manos; duro.) Nuestra piel se ha puesto muy sensible al toque de esa clase de... juguetes. (Lo quiebra en pedazos.) Ella no debió usarlo...

MEYER. Te he preguntado... ¿qué debo hacer?

CHINA. Conservar un poco de modales y tener prudencia, Meyer... Ya verá que, a la postre, todo será mucho más simple de lo que parece ahora... (Tira los restos del látigo.) Esto sólo entorpece el entendimiento.

MEYER. Ustedes han invadido mi casa...

CHINA. Sí, la situación es insólita, pero usted debe usar la cabeza... Siempre da lugar a tener que usarla. Ni más ni menos, como usted la ha usado para desembarazarse de competidores.

MEYER. Los negocios son juego limpio. Esto es saqueo.

CHINA. Nombres, ¿ve usted? Lo mismo que «te descerrajo un tiro». Negocios, saqueo..., nombres. ¿Quién establece la diferencia?

MEYER. No quiero argumentar con ustedes. Te he preguntado...

CHINA. (A Alí Baba, que, después de vagar por la habitación, revolviendo los objetos, se ha acercado a la escalera y pretende subir por ella.) Por ahí no, Alí Baba. Nadie sube por ahí. Ése es el recinto privado de los caballeros. (Alí Baba sale al jardín.) Dígale a su hija que en el futuro evite otra de esas provocaciones. Ese muchacho no sabe controlar su genio.

MEYER. ¡Bestia!

CHINA. Yo no usaría ese término. Es un torpe calificativo para definir a un muchacho que no conoce otro techo que el cuerpo de otros niños, ni otro calor que el aliento de su perro.

MEYER. Eso no evita que si esa bestia trata de tocar a Marcela, lo acribille a balazos.

CHINA. (Sentándose cansadamente; ríe.) Usted me hace reír. "Acribillo a balazos"... Es incurable. ¿Cuántas de esas palabras caben en una cabeza como la suya? ¿Qué harían ustedes, si no tuvieran los nombres, para darle armado a todo esto? (Muestra la casa.) Usted tiene el caso de lo que acaba de suceder entre ese muchacho y su hija... Usted lo llama "crimen" y con eso ya la cosa tiene nombre y usted tiene de dónde agarrarse... ¿Ha pensado alguna vez que el crimen es una consecuencia, y que sin causa no tiene nombre?

MEYER. No me interesan tus retruécanos, Mirelis... Quiero que me digas...

CHINA. Causa y consecuencia... Todo lo que hay aquí es consecuencia. (Muestra la pieza.) Estos muebles hermosos..., la comodidad..., la hermosa piel blanca de su hija... Las causas están ahí, afuera, haciendo ruidos. Parece que ha llegado el día de las causas. ¿Entiende lo que eso quiere decir? No piense más en su honor, no se perturbe. Eso es sólo una consecuencia más. Las causas de hoy día no conducen a eso.

MEYER. Manda a tu gente salir de mi casa, Mirelis... ¿Qué debo darte?

CHINA. Paciencia...

MEYER. No permitiré que un atado de desalmados destruya lo que he juntado con trabajo y esfuerzo. Además, esto es un asunto que debemos arreglar entre tú y yo, ¿no es así? (Se oye un estruendo afuera. Meyer corre a mirar por la ventana.) ¿Qué están haciendo con mis árboles?

CHINA. Las noches van a ser largas y heladas; cortan ramas para calentarse el cuerpo...

MEYER. Pero, díles que no sigan.

CHINA. Entre nosotros nadie da órdenes.

MEYER. (Va a sacar un fajo de billetes que oculta tras los libros de la biblioteca.) Tengo sólo estos cien mil en casa. Hablando de causas, ésta es la mejor de todas. ¡Toma y fuera! (Afuera cae otro árbol.)

CHINA. (Toma los billetes.) Cien mil, dice, ¿eh?

MEYER. ¡Sí..., y despejen! Eso les hará entender.

CHINA. (Ladinamente, con súbita codicia.) Usted cree... que sus vecinos, ¿nos darán otro tanto?

MEYER. Supongo. (Cae otro árbol.) Di a tu gente que no siga destruyendo mi propiedad.

CHINA. Bonita suma; cien mil, ¿eh? (Lo sopesa.) Tiempo hace que no estaba tan cerca de tanto molido. ¿Cuántos son? Quiero decir: ¿qué significan cien mil? ¿Puedo comprarme, por ejemplo, un camión cargado de... coliflores, con cien mil?

MEYER. Naturalmente..., dos y medio camiones, más o menos.

CHINA. (Sonriendo.) ¡Admirable! ¡Usted tiene una máquina en la cabeza! ¿Cómo puede calcular tan rápido?

MEYER. Práctica...

CHINA. Dos y medio, ¿eh? (Grita.) ¡Toletole! (Entra Toletole.) Aquí hay algo que vale la pena ver. ¿Sabes lo que este caballero tiene en la cabeza?

TOLETOLE. ¿Qué, China?

CHINA. Una máquina calculadora. Deberías ver cómo tira números. Hace los cálculos más increíbles en menos tiempo que tú te pillas una pulga. (A Meyer.) Por favor, Meyer, ¿por qué no hace una demostración, quiere?

MEYER. No estoy para bromas, Mirelis.

CHINA. (Alcanza los billetes a Toletole.) El caballero nos ha dado esto. Pregúntale cuánto se puede comprar con eso, son cien mil, él te lo dirá. Pregúntale cuántas coliflores te puedes comprar... Vamos... ¡Vamos, pregunta!

TOLETOLE. (Confundida.) ¿Coliflores?

CHINA. Sí, coliflores... que tanto te gustan... (Toletole hace un gesto desolado a Meyer.) ¡Dos y medio camiones llenos, mujer! (Acentúa la importancia de la revelación.)

TOLETOLE. (No puede creerlo.) Dos y medio...

CHINA. Dos y medio, ni más ni menos. Si él lo dice, debe estar bien, porque él no se equivoca. ¿Qué me dices, eh? ¿Qué me dices de comprarte dos y medio camiones llenos de coliflores y tirarlos al canal, eh? Para ver cómo se los lleva la corriente. (Toletole da un brinco de alegría, aumentando su ferocidad feliz.) Todo el inmundo canal cubierto de coliflores, ¿eh? (Ambos ríen.) Dando tumbos corriente abajo, saltando los puentes, los tajamares, atascándose en las alcantarillas como cráneos cortados, ¿eh? (Salta hacia la ventana.) ¡Eh, ustedes! ¡Acérquense! ¡El señor Meyer, aquí presente, ha sido tan generoso de reglarnos cien mil pesos! (Los sacude.) ¿Quiere alguno preguntarle lo que se puede comprar con esto? ¡Es un técnico estupendo en la material! (Rugido afuera.) ¡A ver tú, Cojo! ¿Qué te gustaría comprar con esto? ¡Habla! ,

VOZ DE COJO. ¡Una pierna de verdad! (Risas afuera.)

CHINA. ¡El señor te va a decir si te puedes comprar una pierna con cien mil! (Se vuelve hacia Meyer.) ¿Puede?

MEYER. No voy a responder esa broma de mal gusto.

CHINA. (Grita afuera.) ¡El señor Meyer dice que no! (Desilusión afuera.) Le robó un momento de alegría al pobre hombre. Perdió su pierna de una gangrena que pescó en las minas de sal... Los patrones alegaron que no podían financiar un policlínico. Fueron ellos mismos que lo convirtieron en cesante consuetudinario. Fue de mal gusto preguntarle eso, es cierto. (Grita.) ¡A ver tú, Dulzura! ¿Qué te gustaría comprarte?

VOZ DE DULZURA. (Ronca, aguardentosa.) ¡Botones! ¡Un saco lleno de botones de nácar! (Risas.)

CHINA. (A Meyer.) ¿Cuántos se pueden comprar con esta cantidad? (Muestra los billetes.)

MEYER. ¡Me niego a seguir esta chanza idiota!

CHINA. Vamos, dele el gusto al pobre. Nunca ha tenido un botón en sus tiras. ¿Se imagina la alegría? Vamos... (Grita.) Espera, Dulzura, su cerebro está comenzando a funcionar... ¡Luego te dirá!

MEYER. (De mala gana.) A treinta pesos el botón, son... tres mil trescientos treinta y tres, coma, treinta y tres botones.

CHINA. ¡Notable! (Grita.) ¿Oíste, Dulzura? ¡Tres mil trescientos treinta y tres botones! (Gritos de alegría afuera.) ¡Aquí tienes, toma! (Tira algunos billetes.) ¡Compra! (Hurras afuera.) ¡Y tú, Roosevelt! (Se vuelve.) ¡Tiene la obsesión de que se parece al Presidente! (Grita.) ¿Qué deseas?

VOZ DE ROOSEVELT: ¡Paz! (Abucheo; silencio.)

CHINA. (Tira billetes.) ¡Compra lo que te haga falta! ¡Toma!

OTRAS VOCES: (Envalentonadas.) ¡Para mí, una camionada de mujeres! (Alaridos.) ¡Para mí, una jaula de canarios! (Abucheo; China sigue tirando billetes y ríe feliz, en festín de jocosidad.) ¡Un salchichón! ¡Un salchichón de un metro de largo! ¡Dos metros! ¡Cien metros! ¡Un kilómetro!

CHINA. (Se vuelve hacia Meyer.) ¿Ve? ¿Ve lo fácil que es hacerlos felices?

VOCES: ¡Un salchichón que dé la vuelta al mundo! ¡Dos vueltas! ¡Cien vueltas! ¡Un salchichón que llegue a la luna! (Cada nueva ocurrencia va acompañada de nuevas risas; todo termina en un estruendo infernal.)

CHINA. (A Meyer, que finalmente también ha caído contagiado con la infantil alegría de las ocurrencias.) ¿No tiene unos pocos más de estos... papelitos? (Muestra los últimos billetes.)

MEYER. Pero... tú te los llevas lejos de mi casa...

CHINA. Eso depende de cuánto logre... entusiasmarlos, ¿comprende?

MEYER. (Aliviado.) Sabía que a la larga llegaríamos a entendernos. ¡Espera! (Corre hacia la escalera. Grita.) ¡Pietá!... ¡Pietá! (Asoma Pietá.) ¡Mujer, junta la plata que haya en casa y tráemela! (Ante un gesto de duda de Pietá.) ¡Tráemela, te digo! (Desaparece Pietá.) Ustedes están haciendo todo esto sólo para... asustar a la burguesía indiferente, ¿no es verdad?

CHINA. Un poco, sí.

MEYER. Y en unos cuantos días de... desahogo, de expansión... se van, ¿eh? Ése es el plan, ¿eh?

CHINA. De algunos, sí...

MEYER. (Amistoso.) Lo sabía. Y no puedo culparlos, ¿sabes? Hasta les encuentro su poco de razón, si me preguntas mi opinión. No es vida ésa del otro lado del río... Siempre se lo estoy diciendo a mis amigos... "Hay que hacer algo por esa gente". (China asiente.) Pero tú sabes... el egoísmo...

CHINA. Cómo no...

MEYER. (Más amistoso aún.) Los barrigones, como les dicen ustedes. (Ríe.)

CHINA. Les damos otros nombres...

MEYER. Sí, sí, sé...

CHINA. Hijos de puta, los llamamos, y otros nombres...

MEYER. Sí, son un atado de piojosos, si me preguntas mi opinión... Le meten a uno la mano en el bolsillo, si se descuida.

CHINA. Sí, lamentable...

MEYER. ¿Qué?

CHINA. Que tenga que alternar con ellos, si piensa así. Tremendo sacrificio. Siempre lo estoy diciendo a Toletole: "estos ricos llevan su cruz".

MEYER. ¡Me lo dices a mí! Pero yo, al menos, tengo mi conciencia tranquila. Jamás me he dejado arrastrar a sus negocios sucios, y no creo que me haya faltado ocasión. (Afuera cae otro árbol.) ¡Pero, di a esa gente que no bote mis árboles!

CHINA. (Va a la ventana.) ¡Dejen eso! El señor Meyer está rasguñando todo el molido que tiene en casa para que dejemos en paz su propiedad. ¡De modo que se acabó! (Murmillos de desaprobación.)

MEYER. ¡Eso es tener poder! Un silbido tuyo y... (Hace sonar sus dedos.) Eso mueve al mundo, los líderes. Toda la sociopolítica y los buscapleitos que hurgan los libros de historia están equivocados. Cristo se dejó clavar en vano. El hombre no ama a su prójimo; eso es pasto para las ovejas, lo que siempre importa a la postre es: talento, agallas, materia gris. ¿No crees?

CHINA. Si mira hacia atrás, sí, pero la historia también es futuro...

MEYER. ¿Lo dices por este negocio de cruzar el río? Eso siempre ha sucedido y volverá a suceder. Son convulsiones del cuerpo social que en nada afectan la imperturbable salud del mundo. (Baja Pietá.) ¡A ver, a ver, pasa! (Le arrebató el dinero de las manos.) ¡Aquí tiene! (Se lo pasa a China.) Y esta vez no lo repartas todo, ¿eh? (Saca una tarjeta.) Y si alguna vez necesitas algo, aquí está dónde puedes encontrarlo... Mi dirección. Sin que ellos tengan por qué saberlo... ¿eh?

CHINA. Se lo agradecerán.

MEYER. Deja, no quiero sentimentalismos. Anda y dile a esa buena gente que apaguen esas fogatas y levanten esa glorieta, ¿quieres? Que arreglen un poco el desorden que han dejado, ¿eh?

(Lo empuja, casi, hacia la puerta del jardín.) Y díles que Lucas Meyer será siempre su amigo... De ahora en adelante me ocuparé personalmente de ustedes.

CHINA. Usted es un alma generosa. Lo supe del momento que vi el porte de su hielera. (Sale.)

PIETÁ. Y esto..., ¿qué es? ¿Qué tratos son éstos..., con esa gente? MEYER. ¿Por qué?

PIETÁ. ¡Esos monstruos! ¿Cómo puedes hablar siquiera con ellos?

MEYER. ¿Qué? ¿Esos infelices? Vamos, mujer, no exageres. Esos pobres diablos son completamente inofensivos.

PIETÁ. Lucas, tu hija... ¿No viste cómo le dejaron la cara?

MEYER. Ella golpeó primero.

PIETÁ. (Grita casi.) ¡La pobre está arriba, en cama, con ataque histérico! ¡Se quiere matar! ¡Está arruinada con esa cicatriz!

MEYER. Ella golpeó primero., (Acentúa las palabras.) Esos tiempos han pasado, Pietá... La piel de esa gente se ha vuelto sensible a esa clase de... juguetes. Tienen privilegios, ahora, que debemos respetar. (Ante la perplejidad de Pietá.) Además, desde un punto de vista cristiano..., merecen nuestros cuidados, ¿no te parece?

PIETÁ. Lucas, tú tienes miedo.

MEYER. ¿Miedo, yo?

PIETÁ. Cualquier cosa, menos eso, ¿entiendes? De ti, cualquier cosa, menos eso. Si nos dejás solos...

MEYER. Pero, mujer, ¿qué te pasa? ¿No oíste los gritos de alegría de esos inocentes, porque les repartía unos míseros pesos? Creo que deberíamos ir de vez en cuando al otro lado del río. Podría resultar educativo.

PIETÁ. No puedes ser tú quien habla así.

MEYER. ¿Dónde vamos con ese pesimismo, mujer? Un poco más de buena fe. (Con ironía.) ¿No perteneces tú a una docena de instituciones de caridad? ¿Qué caridad les enseñan en esas instituciones?

PIETÁ. (Sin poder contenerse ya, grita.) ¡Lucas, esos monstruos destruirán tu casa!

MEYER. ¡Tonterías! Ésta no es más que una... incursión inocente, producto de su curiosidad infantil. Ya verás cómo vuelven a sus cuevas; les di una razón incuestionable. (En ese momento se oye un ruido en la puerta de calle. Es Bobby, el hijo. Trae valija y raqueta de tenis. Tenida de sport. Es un muchacho fuerte, franco, saludable.)

PIETÁ. (Abalanzándose sobre él, lo abraza y besa con angustiado frenesí.) ¡Niño, mi niño! (Palpa su cara.) ¿Nada? ¿No te han hecho nada?

BOBBY. (Semi zafándose.) Pero, mamá, ¿qué te pasa?

PIETÁ. ¿Estás bien?

BOBBY. Claro que sí, mamá... ¿Por qué? (Mirando a Meyer.) ¿Qué le pasa?

PIETÁ. Ha pasado algo espantoso, hijo.

MEYER. No le oigas a tu madre; va a exagerarlo todo.

PIETÁ. (Grita.) ¡Tú, mejor te callas! (A Bobby.) Algo espantoso, hijo... Anoche ha caído una horda de vándalos sobre nuestra casa. Una horda de forajidos que abusan de tu hermana, destruyen mi jardín...

MEYER. Vamos, mujer, contrólate...

PIETÁ. Una manada de harapientos de la peor clase, Bobby. Crápulas del bajo mundo. ¡Bestias!

BOBBY. (A Meyer.) ¿De qué está hablando? (Con naturalidad.) ¿De los del otro lado del río?

PIETÁ. Sí, ésos, Bobby. Están ahí en el jardín. (Indica.) Y tu padre no hace nada.

BOBBY. (Grita.) ¡Entonces no los llames crápulas, mamá! (Pietá enmudece, abismada, con brillo en los ojos.) Los vi llegar, anoche. Caminando... Casi flotando, en grupos de marcha compacta, cruzando potreros, saltando alambradas. Cientos de ellos. Miles. (A Meyer.) Cantaban mientras venían cruzando las carreteras, papá. ¡Un enorme hormiguero de alegría! ¡Hombres! ¡Mujeres! ¡Niños! (Abraza a Meyer.) ¡Al fin papá! ¡Al fin! ¡Nadie podía detener esto!

PIETÁ. Ni siquiera el honor de tu familia.

BOBBY. (Sin oírla.) ¿No te decía que esto no había manera de impedirlo, papá? Siglos de abuso borrados de una plumada... ¿Creías, en verdad, que iban a poder soportar mucho tiempo más el régimen de explotación en que vivían?

PIETÁ. (Temblando.) No creas que tú mismo vivías tan al margen de ese régimen, Bobby...

BOBBY. (Mirando su raqueta de tenis.) Sí, estas cosas... Restos de una cultura de ostentación que terminó. Ayer sentí vergüenza por esto. Estábamos jugando en casa de Julián y, de pronto, esa gente comenzó a meterse en el parque...

PIETÁ. (A Meyer espantada.) Lucas, también a la casa de los Van Duron. El hombre con más influencias de la ciudad. ¿Aún sigues llamando a esto un juego inocente?

BOBBY. Al rato rodeaban la cancha y seguían el juego con gritos de aprobación; corrían tras las pelotas, tropezando con sus harapos, y las devolvían con los ojos radiantes... Como niños que tratan de ser útiles. (Sincero.) Era tierno y terrible, papá. Ha llegado el momento de reparar el daño hecho.

PIETÁ. Ese momento también se volverá realidad para ti. Te quitarán tu ropa fina, tu comida de todos los días.

MEYER. Mujer, vamos...

PIETÁ. Te llevarán a vivir en barracones, abrazado de sacos con piojos. ¡Comerás de pailas grasientas! ¡Te volverán un bruto! (Se ha ido alterando.) No te crié para eso, no para eso. (Cae sobre sí misma y llora; Meyer acude a ella.)

BOBBY. (Angustiado.) No entiende... Ella no entiende...

MEYER. Vamos, mujer... No dejemos que este asunto nos tome los nervios. Conservemos la calma.

PIETÁ. Pero cómo puedo yo, cuando nuestro propio hijo...

MEYER. En este momento, lo importante es mantener la unidad de la familia.

BOBBY. Ella sólo ve el lado personal del asunto.

MEYER. ¡Y tú, te callas! Le has faltado el respeto a tu madre. (Calmándose; es el hombre que ha recuperado el mando de su casa; patronal; torpe.) Esta gente sólo quiere... divertirse, Bobby; distraerse un rato. Una vez saciado su instinto, se irán... (Retórico casi.) Son ellos los primeros en sentirse mal en este ambiente; tendrán ansias de volver a la promiscuidad. Todo pasará, como todo pasa alguna vez. Anda a estudiar. Y tú, Pietá, sube a tu pieza y descansa. Voy a mi trabajo. (Descuelga su abrigo de la perchera. En ese momento se oye afuera un estruendo. Es un muro que cae. Todos van a la ventana.)

PIETÁ. (Demudada.) ¡El muro! ¡Echan abajo el muro de los Andreani! Mira cómo entra más gente por el boquete. (Se vuelve hacia Meyer.) ¿Qué significa esto, Lucas? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué quiere decir esto? (Afuera se oyen gritos de saludo, vivas y risas.)

MEYER. (Pálido.) Cientos... Miles...

BOBBY. (Exaltado.) El ocaso de la propiedad privada. (Se mueve como iluminado hacia la puerta del jardín.)

PIETÁ. (Reteniéndolo.) ¿Dónde vas, Bobby?

BOBBY. (La mira, no la ve.) A decirles lo que siento.

PIETÁ. Tú te quedas.

MEYER. (Se adelanta, ansioso.) No, déjalo. Anda, hijo, anda. Tú sabes hablar el idioma de esta gente; te comprenderán. Anda y diles que Lucas Meyer es tu amigo... Que no les deseo ningún mal. Diles eso, con la convicción que tú posees, hijo.

PIETÁ. (Espantada.) ¡Lucas!

MEYER. Y que respeten a tu madre, Bobby. Diles eso, también. (Sale Bobby.) Somos viejos, Pietá, nos hemos quedado atrás. Estos niños nos dan lección.

PIETÁ. (Segura ahora.) Tienes miedo.

MEYER. Ya me decía yo que esas monjas no eran irreales. El mundo cambia y hemos estado demasiado preocupados por nosotros mismos. Ahora el piso tiembla a mis pies. (Fuera se oye la voz de Bobby que arenga a la multitud con frases de bienvenida.) Escucha a ese muchacho. Escucha cómo está a la altura de los tiempos. (Gritos de aclamación afuera.) Escucha. (Se encoge, de pronto.) Sin embargo, yo tendré que pagar más que los otros. (Cae sentado.)

PIETÁ. (Aún no entiende.) ¿Qué significa esto, Lucas? Ayer, nada más, estábamos tan bien. Todo parecía tan normal.

MEYER. (Admirativo.) Escucha... ¡Escúchalo!

Sigue oyéndose la voz de Bobby. Llegan retazos de frases, que lentamente van perdiendo ilación y lógica. Al final surgen como voces de mando. Secas, cortantes, rotundas, como ladridos. Las aclamaciones que siguen a las palabras, también van perdiendo su cualidad cálida y se tornan ladridos.

VOZ DE BOBBY. Estudiantes con conciencia de clase. (Aclamaciones.) Bienvenidos a esta casa. (Aclamaciones.) Dictadura del proletariado... (Aclamaciones.) Igualdad, libertad y fraternidad... (Gritos.) Fraternidad, libertad e igualdad... (Gritos más secos.) Iguales en igualdad... (Gritos.) Igualdad en iguales... (Gritos.) Igualización... igualizando... igualicemos... alicemos... licemos... emos... os... sss... ss... s... (Y de pronto cae el silencio. Un largo silencio. Y luego, nuevamente, la voz ahora incierta de Bobby.) ¿Qué..., no están de acuerdo conmigo?... ¿No sienten lo mismo?... ¿Desconfían de mí?... (Luego, alterado.) ¿Qué hacen? ¡No, déjenme! ¡Suéltenme! ¡Papá! ¡Papacito! ¡Socorro!

MEYER. (Que ha saltado hasta la puerta del jardín.) ¿Qué están haciendo con el muchacho?... ¡Suéltelo!... ¡Tú, depravado, diles que suelten a mi hijo!... (Aparece China junto a Meyer.) ¡Maldito!... ¡Diles que dejen tranquilo a mi hijo!

CHINA. ¿Cuántas ligas azules estampadas con flores de lis blancas se pueden comprar con cien mil pesos, señor Meyer? (Saca una ligas y se las muestra. Afuera se cierne, ahora, el silencio. Entra Toletole. Luce una corona hecha de flores.)

MEYER. (En medio del mayor silencio.) Hice eso en juego limpio, Mirelis. Tu hermano no era inocente... No puedes castigar a mi familia por eso. (Va y lo toma de la solapa.) Te lo doy todo. Todo, ¿entiendes?, pero déjame en paz.

CHINA. Ya no hay nada que se pueda pagar.

MEYER. Mi fábrica, todo, ¿entiendes? ¡Lo que me pidas!

CHINA. ¡Llame!

MEYER. Sí, llamaré... Daré instrucciones que te entreguen lo que se te ocurra. Todo es tuyo. (Marca el fono.) Aló, Camilo, aló... ¿Quién habla?... Aló, ¿quién habla?... ¡Más fuerte, no lo entiendo!

TOLETOLE. El Benito Juárez...

MEYER. (Se vuelve espantado hacia China.) ¡Oh, Dios mío! (Deja caer el fono, a través del cual sigue surgiendo una voz.)

CHINA. (Con fraseo lento y sin expresión, del que las palabras se van desgranando implacables.) El Benito Juárez habla despacio porque le tiene horror a la violencia. Es un mestizo alto, casi gigantesco, de facciones toscas y pelo negro, que a pesar de su exterior brutal, tiene el alma de un niño. Puede estrangular a un perro con dos dedos, o quebrarle el espinazo a un ternero con sólo doblar su antebrazo, pero entre nosotros es conocido porque cuida párvulos, cuando sus madres tienen que salir a trabajar... En sus grandes brazos, los niños se duermen como en una cuna. Mientras hace así, canta canciones. Suavemente, delicadamente, se pone a entonar canciones... Canciones tontas... Canciones ilusas... Canciones que hablan de la bondad entre los hombres... Canciones que todos se acercan a oír en silencio, porque la esperanza es un alimento necesario de los hambrientos. Nadie puede cantar así, con esa suavidad y esa ternura, si no tiene frío en los pies y barro entre los dedos..., el Cielo estrellado como testigo. (Saca de su bolsillo una cantidad de palomitas de papel que han sido hechas con los billetes de Meyer.) Aquí están sus cien mil, Meyer. (Caen al suelo.) No falta ninguno.

MEYER. Mirelis..., ¿qué va a pasar con nosotros?

CHINA. No sé, todo sucederá a su debido tiempo. Ya le dije; tenga paciencia.

MEYER. Pero ustedes deben tener un plan. ¿Cuál es ese plan que tienen?

CHINA. Nuestro plan es el futuro. Lo improvisaremos.

MEYER. ¿Y Bobby? ¿Qué harán con él?

CHINA. Es un buen muchacho... Será un buen compañero.

En ese momento entra Bobby del jardín, impulsado por varias manos que lo empujan dentro de la habitación. Le han amarrado, fuertemente atado con cuerdas, un cartel que oprime su pecho y que dice, garabateado con letras inciertas: "Palabras". Un instante trastabilla por la habitación, y luego cae en el medio de ella.

ACTO SEGUNDO

Madrugada. Cuatro días después. La habitación está ahora desmantelada. Hay orden. Afuera se oyen voces y ruido de martilleo. Bobby, de tosco overol hecho de lona vieja, rompe sistemáticamente uno de los muebles de estilo que aún están en la habitación. De pronto se oye arriba un grito. Es Marcela, que baja despavorida, corriendo escalera abajo. Luce sobre el rostro una tela emplástica.

MARCELA. (Se abraza a él.) ¡Oh, Bobby! ¡Socorro!

BOBBY. (Indiferente.) ¿Qué te pasa ahora?

MARCELA. ¡Los hombres, Bobby! ¡Los espectros!

BOBBY. ¿Qué hombres? ¿Qué espectros?

MARCELA. ¡Están en mi pieza!

BOBBY. ¿Quién?

MARCELA. ¡Las caras...! ¡Las mismas caras que ayer se asomaron por la ventana! Ahora, se metieron a mi pieza, por el muro, Bobby... y se pusieron a bailar. Bailaron alrededor de mi cama, un baile espantoso, rodando los ojos, sonando la lengua como espantapájaros del infierno... ¡Bobby, ayúdame, no te separes más de mí!

BOBBY. Trabaja; haz algo y te dejarán tranquila. Encerrada todo el día en tu pieza, tu cabeza se llena de fantasmas. (Sigue hachando.) Afronta los hechos.

MARCELA. (Se derrumba.) No puedo... Todo esto es demasiado espantoso.

BOBBY. Tienes que poder. No habrá otro mundo en el futuro.

MARCELA. Estoy como paralizada. Nadie me había dicho que esto pudiera suceder. Se hablaba, es cierto, pero era tan increíble que nadie perdía un minuto en pensar en ello. Bobby, no podemos hacer nada. Arrasarán con nosotros.

BOBBY. No es como tú crees. (Mueve la cabeza.)

MARCELA. ¿Que no ves cómo trabajan como hormigas rabiosas?

BOBBY. Sí, precisamente. Como hormigas rabiosas para recuperar el tiempo perdido. Únete a ellos, entonces. Aún es tiempo; eres joven. (Marcela niega con la cabeza.) Marcela, ¿no sientes, no te es claro ahora, que hemos estado como... enterrados vivos? ¿Que ahora se están abriendo nuestras tumbas?

MARCELA. Tengo miedo.

BOBBY. ¿Que la vida está volviendo?

MARCELA. (Comienza a monologar.) ¡No estamos con ellos! No puedo...

BOBBY. (Se pone a trabajar intensamente.) El tiempo es corto para expiar la injusticia que hemos cometido.

MARCELA. Nos resienten... lo presiento.

BOBBY. Me han ordenado llevar esta leña para calentar el desayuno de la gente.

MARCELA. Bobby, ¿qué nos va a pasar? (Lo mira.)

BOBBY. (Saliendo hacia el jardín con un atado de leña.) Hoy llegarán las máquinas y cien hombres, para levantar el ladrillar. "Que no falte el desayuno para el escuadrón", me ordenaron.

MARCELA. (Tratando de seguirlo.) ¡Bobby! ¿Qué es esto? ¿Qué significa? ¿Qué hago, Bobby?

BOBBY. (Se detiene.) Trabaja.

Sale. En el momento en que sale Bobby, por los muros se deslizan y reptan tres extrañas figuras. Son Toletole, Ali Baba y el Cojo, que se han adornado con ramas secas y tiznado la cara y, al

compás de la música incidental, bailan un ritual distorsionado y grotesco, cerrando círculo alrededor de Marcela.

MARCELA. ¿Qué... qué quieren? ¿Quiénes son ustedes?

TOLETOLE. ¡Espectros del hambre!

MARCELA. ¡Déjenme! No les he hecho nada.

TODOS. Nada..., nada..., nada..., nada...

MARCELA. ¿Qué es lo que quieren?

TOLETOLE. ¡Darle unos regalos!

EL COJO. ¡Para que no se asuste!

ALÍ BABA. ¡Para que el susto no le salga por el susto! (Ríen. Marcela se detiene, bruscamente.)

TOLETOLE. Para que comprenda nuestra buena voluntad.

EL COJO. (Sacando un esqueleto seco de perro del saco que carga sobre sus espaldas, se lo presenta serio.) ¿Has visto alguna vez un perro muerto en un charco de barro a la luz de la luna? (Lo sacude ante ella.)

TOLETOLE. (Saca un estropajo amarillo, que es un viejo vestido ajado de mujer pobre. Se lo pone sobre la falda.) ¿O una mariposa amarilla aleteando en una botella de cerveza?

ALÍ BABA. (Saca una pata de palo quebrada.) ¿O un puño de esclavo revolviendo una torta de crema?

EL COJO. ¡Mi pata! ¡Mi linda patita! ¡Devuélveme mi pata! (Corre tras Ali Baba y, tras ellos, Toletole. Los tres saltan y ríen. Aprovechando el aparente descuido de los otros, Marcela se desliza hacia las escaleras, pero, antes que llegue a ellas, la vuelven a rodear.)

TODOS. ¿Que no le gustan nuestros regalos a la linda princesa?

MARCELA. Por el amor de Dios, déjenme.

TODOS. ¿No le gustan?

MARCELA. Por favor... (Gime.)

ALI BABA. (Decepcionado.) No le gustan.

EL COJO. (Triste.) Malo... Malo...

TOLETOLE. Raro... habiendo tostado al sol su cuerpo toda la vida.

MARCELA. Por favor...

ALI BABA. (Poniendo ante su cara su manaza extendida.) Tengo una mano de cinco dedos. Con cada uno de estos dedos podría tatuarte. Sacar toda la cerveza que tienes en tu blanco cuerpo. (Marcela lanza un grito y corre escalera arriba. No se lo impiden.)

TOLETOLE. (Triste.) Se asustó. Es una lástima, pero se asustó.

EL COJO. Tal vez fue demasiado; no debimos llegar a tanto. Se nos pudo haber quebrado.

ALI BABA. Sus caras de pánico se caen a pedazos. Es como ver trizarse un vidrio. Podría asustarlos tanto, que todo el suelo crujiera de vidrios rotos.

TOLETOLE. Esto no le va a gustar al China...

ALI BABA. (Grita.) ¡A la mierda tu China!

EL COJO. Nos estamos cansando de esperar... que entiendan. Otros se nos unen, sin tanta espera.

ALI BABA. Sí; quisiera quebrar, al fin, algunos pescuezos.

TOLETOLE. De todos modos, no le va a gustar al China. Dice que si debía haber violencia, que viniera de ellos. "Si la violencia viniera de nosotros -dice-, no bastarían siglos para lavar tanta sangre".

ALI BABA. De modo que... esperar, ¿eh? ¿Eso es lo que quiere?

TOLETOLE. Sí, eso. "Aún no han comprendido -dice-, debemos tener paciencia".

EL COJO. Total, mientras nos divertimos... Cuanto más rápido camina Meyer en su pieza, más divertido es. Parece que cada vez que pasa frente a la ventana va más agachado. ¡Pobre! No tiene sentido del humor. (En ese momento entra China, portando unas maderas.)

CHINA. ¿Y ustedes, cómo entraron?

TOLETOLE. Por el muro, China...

CHINA. Para divertirse un rato, ¿eh?

ALI BABA. (Desafiante.) No, para asustarlos.

EL COJO. Sí, para hacer saltar un poco la liebre. ¡Y cómo salta! (Imita.) ¡Oooh! ¡Uuuh! "¡Déjenme! ¡No les he hecho nada! ¡No les he hecho nada!" (Ríen.)

CHINA. Bueno, ese juego se acabó ahora. Hay mucho que hacer, afuera.

ALÍ BABA. ¿Sí? ¿Qué hay por hacer, China? ¿Lustrar los zapatos a Meyer? ¿Calentarle la camisa?

EL COJO. Hace cuatro días que esperamos y nada le pasa.

CHINA. Nada le pasará que tú puedas ver. Hay que esperar.

ALÍ BABA. ¿Hasta que todos se te camuflen? El hijo ya anda entre nosotros, como uno de los nuestros. Esconde su pescuezo bajo el cuello de un overol.

CHINA. (Lo mira por primera vez.) Para ti, Alí Baba, todo parece ser cuestión de pescuezos, ¿eh?

ALÍ BABA. Todos tienen uno y todos se cortan...

EL COJO. Ayer, cuando volvía del Gran Almacén de buscar el estofado, vi a algunos de ellos, clavados con chuzos a las puertas de sus casas. "Por resistirse", decían unos carteles que les colgaban del cuello. En el canal hay otros, atados a las aspas de la turbina... Hace cuatro días que dan vueltas, entregando luz a la ciudad.

ALÍ BABA. No hables más, Cojo... Se te caerán los dientes, pero él no entenderá. Es de los pacíficos.

CHINA. Una venganza trae otra. A la cabeza que corta el hacha, le crece un nuevo cuerpo.

ALÍ BABA. (Hace un gesto despectivo con la mano.) ¡Ah! ¡Vamos, Cojo! Yo me voy de esta casa. Me voy a trabajar con los otros. (Se aleja hacia la puerta del jardín.)

CHINA. Mira, chiquillo, yo he hecho esto igual que tú... Tanto como tú, me he alzado, sin palabras, porque también pienso que las ideas se han agotado. Creo tanto como ustedes en eso, pero... yo no quiero muertes. ¡Para ellos quiero vida! ¿Comprendes? Una vida lenta, larga y lúcida... Tan larga y lúcida como la han llevado hasta ahora, pero a la inversa. ¡Con todo el horror de la certeza de no poder saquear más! (Se calma.) Reclamo a Meyer para eso.

ALÍ BABA. Ésas son tus ideas. Para mí los cambios que valen se tocan o se quiebran.

CHINA. No puedo retenerlos aquí.

ALÍ BABA. Se te irá entre los dedos. Espera y verás cómo se te va...

CHINA. (Se acerca a él.) No se me irá, no temas. Está todo previsto. Aún hay soberbia en él. Aún tiene muchas cosas que alegar... Muchas actitudes que adoptar... Muchas revelaciones que recibir. Yo sabré cuando sea el momento.

ALÍ BABA. Y eso... ¿cuándo será?

CHINA. Por lo mismo que es doloroso, será muy simple. Más simple de lo que él se imagina, en verdad. Ahora sólo ve terror en lo que pasa y levanta muros de resistencia. Esperemos que venga la calma para que descubra la buena fe. Y ahora, déjenme solo... (Sólo Toletole queda. Los otros salen.)

TOLETOLE. Están reclutando mujeres para ir a arar las colinas, pero yo quiero quedarme aquí contigo.

CHINA. Anda. Todos tenemos que servir a nuestra manera.

TOLETOLE. Pero yo quiero quedarme aquí contigo, China.

CHINA. Quédate, entonces.

TOLETOLE. Pero parece que tú no me necesitaras.

CHINA. Te necesito.

TOLETOLE. Me quedo, entonces. En las plazas están enseñando a leer a los que no saben. ¿Aprendo a leer, China?

CHINA. Aprende.

TOLETOLE. ¿Crees que podré?

CHINA. Todos podemos.

TOLETOLE. ¿Puedo llevar estos libros?

CHINA. Llévalos. (Toletole va a buscar los libros.)

TOLETOLE. Te los leeré algún día. Todos. (Sale. China trabaja con sus maderos. Después de un rato, entra Bobby.)

BOBBY. Las fogatas están prendidas. ¿Qué hago ahora?

CHINA. (Sin mirarlo.) Todo lo que hay de metal en la casa debe ser mandado a la fundición. Necesitamos herramientas de trabajo. Mañana no quiero ver un objeto de metal en esta casa.

BOBBY. Bien... (Comienza a recoger objetos de metal.)

CHINA. (Después de un rato.) También el servicio de plata... y los candelabros de oro.

BOBBY. ¿El oro?

CHINA. ¿No es un metal el oro? (Bobby saca los candelabros de una consola.) Consigue también las joyas de tu madre.

BOBBY. ¿Las joyas? CHINA. Sí, las joyas.

BOBBY. Si eso ya no tendrá valor en el futuro..., ¿qué importa dejarle, al menos, ese gusto?

CHINA. ¿Crees que tu madre tendrá algún placer en conservar lo que en el futuro no serán más que piedras de color? ¿O tú piensas que no son eso, las joyas..., piedras de color?

BOBBY. Ella no piensa así.

CHINA. Haz que comprenda, entonces.

BOBBY. (Va hacia la escalera, se detiene.) Estoy feliz de poder trabajar por ustedes. Estoy aprendiendo.

CHINA. Nadie trabaja para nadie ahora, hijo. Trabajas para ti mismo, porque tú mismo somos todos.

BOBBY. Sí. (Va a subir.)

CHINA. El problema que tienes es que quieres a tu madre y no te gusta verla sufrir, ¿eh?

BOBBY. Creo que se puede evitar el sufrimiento. CHINA. Es tarde para eso, ahora.

BOBBY. De lo que ustedes han hecho, yo deduzco que el amor está comenzando.

CHINA. Entonces piensa que cada partícula de esas joyas fue hecha con el dolor de un negro o de un malayo, que ahora cobran su premio a través de nosotros. Ése es el amor que comienza. Piensa en eso y te será fácil endurecerte. (Bobby asciende la escalera.) Y dile a la cabeza hueca de tu hermana que tiene veinticuatro horas para integrarse a nuestro movimiento. No hemos hecho esto para alimentar taimados. Están enrolando mujeres para arar colinas. (Bobby desaparece. Luego se oyen voces arriba.)

VOZ DE PIETÁ. Bobby, ¿qué haces? ¿Qué estás haciendo, niño?

VOZ DE BOBBY. Déjame, mamá. ¡Tengo que hacerlo!

PIETÁ. ¡Pero no mis joyas! ¿Por qué mis joyas?

BOBBY. ¡Deja, mamá, por favor!

PIETÁ. ¡Bobby! (Viene bajando tras él la escalera.) ¡Bobby, dame! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo con nosotros? (Bobby ha llegado frente a China con las joyas, que pone ante su cara.) ¡Usted! (Va sobre China y golpea su pecho con los puños.) ¡Bandido! ¡Criminal! ¡Bandido! (Golpea a China, que permanece inmóvil, mirando un punto ante sí.) ¡Criminal! (Su voz se va debilitando.) Bandido... Bandido... (Cae finalmente a sus pies.) Bandido... Bandido... (Meyer, que ha seguido a Pietá, asoma al pie de la escalera.)

CHINA. (Después de una pausa; afectado sinceramente por la escena.) Sí, señora, es cruel, y difícil. (Pietá solloza.) La riqueza se mete en uno con raíces muy profundas. Llega a ser una segunda naturaleza, que deforma toda la realidad. Pero guarde fuerzas; aún queda un largo camino que recorrer. Mañana entregará a su hijo sus tapados y pieles; hay gente que los necesita. Sólo se quedará con lo necesario. La próxima semana tendrá que estar trabajando en algo.

PIETÁ. (Lo mira hacia arriba.) ¿Qué les hemos hecho a ustedes para que nos traten así? Ustedes vivían sus vidas; nosotros las nuestras. Nunca les hemos deseado ningún mal. (China mira a Meyer.)

MEYER. Bobby, lleva arriba a tu madre.

PIETÁ. (Resistiendo a que Bobby la lleve.) Diles, Lucas, diles que nosotros hacíamos labor social. Diles que siempre hemos estado preocupados de los pobres. (A Bobby.) Anda y haz venir a las empleadas, hijo; que ellas den testimonio por nosotros. Ellas dirán que en esta casa han sido tratadas con la mayor consideración. (Bobby titubea.) Anda, hijo, ¿qué esperas?

BOBBY. (Con ansiedad y dolor.) Ya no hay más empleados en esta casa, mamá.

PIETÁ. ¿Que no hay más? ¿Cómo es eso? ¿Dónde están?

MEYER. Lleva arriba a tu madre, Bobby.

BOBBY. Se fueron, mamá.

PIETÁ. ¿Se fueron? ¿Dónde?

BOBBY. (Ahogado.) No volverán más, mamá...

PIETÁ. ¿La Sara? ¿No volver más? ¡Imposible! Ha estado al servicio de esta casa desde que yo era niña.

BOBBY. Se fue con las otras a trabajar a las colinas.

PIETÁ. ¡A la Sara han debido arrastrarla a eso! ¡No se iría así no más!

BOBBY. (Casi gritando ahora.) Las vi cómo se iban ayer por la tarde, mamá, cantando por la calle, del brazo de otras mujeres. ¡Por favor, sube a tu pieza! ¡No compliques más las cosas!

PIETÁ. (Pausa; anonadada.) ¿Qué es esto, Lucas? Nunca me dijo una palabra. Nunca una queja. ¿Cómo pudo disimular tanto su rencor? (Se deja llevar ahora; ya desde la escalera, a China.) Siempre habíamos creído que había pobres y ricos, señor. Siempre creíamos que ustedes se conformaban con eso. (Medio se desprende del brazo de Bobby.) Y después de todo, ¿no eran ustedes los culpables de su condición? ¿No eran ustedes los culpables? ¿No eran ustedes? (Se deja llevar por Bobby escalera arriba.)

MEYER. (Una vez solos con China.) Bien, Mirelis... (Se planta frente a él.) Esto se acabó. ¿Qué es lo que quieres? Dilo de una vez. ¡Mi cabeza! Por mi ventana he visto cómo se trabaja en el vecindario. De aquí al Puente Mayor, no queda una casa en pie. Sólo tú y tu atado de harapientos haraganes aún en mi jardín..., amenazando a mi hija..., robando a mi mujer... ¿Qué es lo que esperas?

CHINA. Espero...

MARCELA. ¿Esperas qué?

CHINA. Que llegue el momento.

MEYER. ¿El momento para qué? ¿Para que pase qué? Puedo aguantar mucho, más de lo que tú crees. Arrasarán toda la ciudad, pero yo podré seguir aquí, firme como un roble. He demostrado firmeza antes y podré volver a hacerlo. ¿O esperabas acaso que caería a tus pies, iluso, suelto y fofo como un pañuelo? ¿Es eso lo que esperabas? (China sigue impasible en su labor.) Lo fraguaste todo para que este atado de piojosos te hicieran este motín para poder venir a meterte a mi casa y hacerme gatear lloriqueando a tus pies, ¿eh?... ¿Era ése el plan? (Se acerca más a él.) ¿Por qué no fuiste a mi fábrica en todos estos años? Pudiste venir y meterme un tiro. ¿Por qué no lo hiciste? Al principio, en verdad, te estuve esperando. (Casi cara a cara ahora.) Porque meter una bala, no produce... placer, ¿eh? ¡Canalla! ¿Quieres que ellos te hagan el trabajo sucio, eh? ¡Contéstame! ¿Es lo que tenías en mente? ¿Es eso lo que reinaba en tu sucia cabeza? (Le toca la sien con su índice; China sigue impertérrito; se aleja bruscamente de él; se pasea.) Firme como un roble, así es como voy a resistirte. Arrasarán la ciudad, pero yo estaré aquí... esperando. No podrán contra mí; la vida me ha endurecido. (Gira hacia China.) Soy Lucas Meyer, ¿entiendes lo que eso quiere decir? Eso quiere decir que he debido tomar decisiones, tremendas decisiones que me han endurecido. Llegué a tener doscientos hombres a mi cargo, ¿entiendes lo que eso quiere decir? Doscientos hombres con sus familias y sus vidas. ¡Todo aquí, en esta mano! Los he tomado y cambiado de un lugar a otro. Los he subido y bajado a mi antojo. Les he dado salario y ellos han comido. (Se acerca a él de nuevo.) Y les he dado... felicidad. La clase de felicidad que nunca has podido dar a nadie.

Una vez tomé a los doscientos con sus críos y paquetes y los trasladé a la playa. Todos juntos en un atado. Debiste ver sus caras, cómo sonreían, mientras la prole retozaba al sol y las viejas se llenaban los pulmones de brisa marina. (Cara a cara.) Ésa es mi creación, ¡hacer vidas! La tuya, ¿cuál ha sido, patán, eh? ¿Rascarte los piojos? ¿Rumiar destrucciones? ¿Cuántos niños andan por ahí, porque tú les diste ocasión a sus padres a tenerlos y alimentarlos? ¿Cuántas madres han alumbrado en paz, porque tú tranquilizaste su temor con un salario? ¿Cuántos veteranos descansan sus huesos porque tú les diste derecho de aspirar a un descanso?... ¿Eh?... ¿Cuántos?... ¡Contéstame!... ¡Háblame, canalla! ¡¡Háblame!! (Pausa. Se va a sentar; ante sí.) ¿Que me gustan los pesos? Claro que me gustan. ¿A quién no? Tú, en mi caso, habrías hecho lo mismo, Mirelis. Si toda la sociedad en que vives premia el fruto de tu codicia, ¿por qué iba a ser yo de otra manera?... Comenzar sin nada ha sido siempre mi proeza más espectacular. (Sonríe, casi desvalido.) Hace seis meses festejamos los veinticinco años de mi fábrica y mis empleados vienen y me regalan una placa. ¿Sabes lo que decía en esa placa? "1937. Capital: mil pesos y una esperanza. 1962. Capital: trescientos millones y una realización. Gracias, señor Meyer". Al final se acercaron dos obreras con un ramo de flores y una de ellas me dio un beso en la mejilla. ¿Quién iba a dudar de una sociedad en que todo el mundo vivía contento?... ¿Eh, Mirelis? ¿"Quién iba a dudar, eh?... ¿Qué significa todo esto que ustedes están haciendo, eh?... ¿una venganza?... ¿Una sucia venganza de los frustrados?... ¿Hay alguna razón para todo esto?... Contéstame... ¡Contéstame, miserable!... ¡Háblame! ¡¡Háblame, reptil!!... ¿Qué te pasa, hijo de puta, te tragaste la lengua? (Pausa; en voz baja, angustiado.) ¿Qué quiere decir todo esto, Mirelis? Por favor, dime... ¿Qué hacen en mi casa?

CHINA. Esperamos...

MEYER. ¿Esperan qué, por amor de Dios?

CHINA. Que llegue el momento.

MEYER. (Se levanta espantado.) ¡Estás hablando en círculos! Hablas por hablar. Ni siquiera escuchas.

CHINA. No, no escucho, en verdad.

MEYER. ¿Qué pretendes, entonces? ¡Soy Lucas Meyer! Soy un hombre que creó una industria. Merezco al menos que se me explique. (Va y le arrebató la herramienta que tiene en la mano y la dispara lejos.) ¡Habla!

CHINA. Hable usted. A usted le toca, ahora... Yo escucharé.

MEYER. (Retrocede.) ¿Están decididos, entonces, eh? ¿Van derecho a su meta?

CHINA. Derecho como una línea. Ahora, las palabras son inútiles, porque sabemos todas las respuestas y todas las justificaciones. Pero hable..., hace miles de años que oímos el sonido de

esas palabras. Nunca dejan de ejercer una extraña fascinación a nuestros oídos. Hable usted, hasta que se canse. Yo estaré aquí, oyendo.

MEYER. (Después de retroceder, sin despegar la vista de China.) ¿Y si te doy los nombres? ¿Todos los nombres, Mirelis? De los más apetecidos por ustedes... Los conozco a todos. ¡Todos han estado aquí, en esta casa! ¿Te gustaría?

CHINA. ¿Qué ganaría usted con eso?

MEYER. Deja tranquila a mi familia, Mirelis. (Ansioso.) El nombre de todos los implicados..., los arreglos torcidos...

CHINA. ¿Haría usted eso? ¿Realmente?

MEYER. Pregunta, Mirelis...

CHINA. (Rápido.) ¿Quién ideó el acaparamiento de harina del año pasado?

MEYER. Bonelli, el industrial molinero, en unión con Cordobés, el curtidor. La guardaron en las bodegas de los hermanos Schwartz.

CHINA. Increíble la memoria suya. Debe odiarlos mucho para tener tan a flor de piel el recuerdo de sus crímenes. (Súbitamente.) ¿Quién fraguó el aumento artificial del precio de los antibióticos, durante el invierno de este año?

MEYER. Hoffman, el farmacéutico, en contubernio con un grupo de médicos.

CHINA. Espere, necesito testigos para esta confesión. (Se acerca a la ventana, grita.) ¡Las preguntas! (Murmillos de aprobación, afuera.) Ya está listo para las preguntas... (Gritos de alegría.)

Uno por uno... No se aglomeren... ¡A ver tú, Desolación, comienza tú!

VOZ. (Aguardentosa.) ¿Quién dictó las leyes de la educación que enseñan al conejo a correr menos que la metralla?

MEYER. (Mira a China con estupor.) No entiendo...

CHINA. Dice que no entiende... Quiere preguntas concretas...

VOZ DE MUJER. ¿Quién alzó el precio de la leche a tal punto que, el año pasado, mi hijo se me cayera seco de los pezones?

MEYER. (De inmediato.) Caldas, el hacendado, con el voto de los demócratas. (Gritos de algazara infantil. "¡Viva el señor Meyer!", y otros.)

CHINA. ¿Ven? Eso es lo que quiere. Preguntas concretas...

VOZ DE VIEJO. ¿Quién botó la basura frente a la casa del pobre?

MEYER. (Piensa.) No recuerdo su nombre...

CHINA. ¿No oyeron? ¿No se dan cuenta que se siente perdido ante esa clase de preguntas? Es un hombre sincero, directamente. ¡Pregunten sincero!

VOZ DE HOMBRE. ¿Quién nos acusa de ser flojos?

MEYER. Todos... Todo el mundo, un poco...

CHINA. No, eso no. Cosas que pueda responder. Pregunten ¿quién roba los dientes del pobre?, por ejemplo.

VOZ. (Chillido sin dientes.) ¡Sí, mis dientes! ¿Quién robó mis dientes?

MEYER. (Desesperándose.) Concreto...

VOZ DE MUJER. ¿Quién nos acusa de ser feos?

VOZ DE VIEJO. ¿Quién nos acusa de ser borrachos?

MEYER. Esas preguntas..., no puedo responderlas. ¡Quiero dar nombres! ¡Sé los nombres!

VOZ DE NIÑO. ¿Quién nos acusa de ser ladrones?

MEYER. (Fuera de sí, por los gritos que se han ido poniendo cada vez más insistentes.) ¡Todos! ¡Todo el mundo, un poco! ¿Que no hay acaso ladrones entre ustedes?

CHINA. Cuidado, señor Meyer, podrían no entender eso...

MEYER. Pero es que yo no entiendo esas preguntas. Después de todo, ustedes vivían al otro lado del río..., ¿por qué me iba a tener que fastidiar con estas cosas? (Bruscamente se interrumpe, afuera, todo ruido. Cae un profundo silencio y de pronto, lenta y muy suavemente, unos niños comienzan a recitar. Como contando un cuento sin asunto. A medida que cunden las palabras, las voces se van magnificando, hasta que todo el ámbito resuena de ellas.)

NIÑO 1. Porque no hay nada como el miedo para matar las pulgas.

NIÑO 2. Porque un patito feo se come a un patito bonito.

NIÑO 3. Porque es mejor no saber leer para comer almendras.

NIÑO 4. Porque no hay nada como esperar, para que a uno se lo lleve el viento.

MEYER. Quién, ¿quiénes son esos niños?

NIÑITA. Juanito, ¿te cuento el cuento de todos los árboles?

NIÑITO. Cuenta...

NIÑITA. Todos los árboles tenían tanto miedo de las hormigas, que cuando las vieron venir, se quedaron parados, tiesecitos, esperando que les caminaran encima...

MEYER. ¿Quiénes son esos niños, Mirelis?

CHINA. Dos niños que nacieron de los hongos de una ruca. Hasta los cinco años jugaban con cucarachas y garrapatas. Después descubrieron que con las tripas frescas de perro se pueden hacer globos de inflar. Hoy tienen una extraña fantasía.

NIÑITO. ¿Ves aquellos pájaros negros en la torre del campanario, Juanita?

NIÑITA. Sí.

NIÑITO. ¿Vamos a matarlos a campanazos?

NIÑITA. Vamos.

OTROS NIÑOS. Vamos, vamos. (Junto a estas voces, comienza a resonar campanas, cada vez más fuertes. A l final, ensordecedoras. Súbitamente callan las campanas. Pietá baja la escalera y pasa frente a Meyer. Saliendo.)

PIETA. ES inútil, Lucas. Ya nada se puede hacer. Habrá entre ellos un lugar para nosotros... (Pietá se mueve hacia la puerta como impulsada por una fuerza que la arrastra a pesar de ella. Sale.)

MARCELA. (Baja y pasa también frente a Meyer.) Ven con nosotras, papá. Nadie te lo impide. (Sale.)

BOBBY. (Baja la escalera.) ¿Por qué no vas, papá? Es verdad, Nadie te lo impide.

MEYER. ¡Todo, hijo, todo me lo impide! (Se alza.) No hay tal pueblo hambriento y con sed de justicia. Es sólo un pretexto de ese China, que los incita contra mí.

BOBBY. No, papá. Ve lo que está pasando... Por favor, mira lo que sucede a tu alrededor. (Lo toma de los brazos.) Es tu última ocasión. Después de eso, tendrás que desaparecer en la soledad. Para

los que no entiendan, sólo queda en el futuro... soledad... No la muerte que tú temes... Soledad y amargura...

MEYER. ¿Bobby, tú verdaderamente crees en eso?

BOBBY. Sí, papá. Creo.

MEYER. (Toma su cara.) Entonces, hijo, mete esto en tu cabeza: la codicia es el motor que mueve el mundo. Nunca, ¿entiendes?, nunca desaparecerá entre los hombres. (Se aleja de él.) Ahora veo lo que está pasando, estamos en manos de niños locos. Harán cenizas de la tierra. (Bobby se mueve hacia la puerta.) ¿Y ahora tú también te vas?

BOBBY. Sí, papá. Soy joven. Quiero olvidar y aprender. (Sale, Meyer gira por la pieza.)

MEYER. ¡Oh, Mirelis!, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, Mirelis? ¿Qué cosa horrible están haciendo ustedes de la vida? (Aparece China, permaneciendo en la sombra.) ¿Tú también te haces la ilusión de estar creando algo? Esa sucia recua de hombres feos, esa manada de mujeres tristes que andan por ahí, arrastrando sus críos, ¿crees que tolerarán mucho tiempo la vida fea que ustedes les están haciendo? Sal a ver el cortejo maloliente, Mirelis... La hermosa ciudad convertida en cantera... Los grandes museos en cocinas del pueblo... Las catedrales en barracas. ¿Dudas que un día se alzarán contra los responsables de tanta fealdad y entonces la tierra se volverá polvo? (Está ahí. Casi con los brazos abiertos ante China, que permanece siempre en la oscuridad. Cuando comienza una música furtiva y danzarina. Como de pasos precipitados en el momento que surgen dos monjas, que caminan una junto a la otra, y van a situarse ante Meyer, con las manos extendidas en actitud suplicante.) ¿Qué es lo que quieren? ¿Quiénes son ustedes?

MONJA 1. Soy Carmen, la pequeña obrera fea.

MONJA 2. Soy María, la pequeña obrera fea.

MEYER. Sí, siempre con las greñas en la cara sucia. Las desahucí a las dos.

AMBAS. (En coro, alejándose.) No había lugar para mujeres feas en la fábrica. No había lugar. (Salen. En los muros aparecen proyecciones que representan ojos que miran, rostros de ancianos, manos cruzadas, manos suplicantes, pies en zapatos rotos, platos de magra comida, etc. De otra parte surge el Cojo, de obrero viejo. Cruza cojeando el escenario.)

MEYER. (Lo sigue, señalándolo con el dedo.) Y tú, Miguel Santana, el viejo tornero. ¿Qué haces aquí, Santana? ¿No moriste un día sobre tu torno?

EL COJO. (Sigue rengueando; refunfuña. Ante sí; pasa sin mirarlo.) Sí. Nadie torneaba válvulas como yo. Quería descansar, pero nadie torneaba las malditas válvulas como yo. Ésa fue mi perdición. Entonces, un día mordí el acero. Malditas válvulas... (Sale. Aparece Toletole, de viuda.)

TOLETOLE. (Gira por la habitación, mirando los muros.) Aquí, en este mismo lugar, estaba mi casa. La casa que me dejó mi marido, los muebles, las balaustradas. (Las toca.) Un día tuve que vender. Tuve urgencia de vender y encontré a un hombre que me la compró por una bagatela.

MEYER. Sí, una bagatela... En verdad, era una ganga...

TOLETOLE. (Mira fijo a Meyer al salir.) Mi marido quería mucho esta casa. (Sale. Proyecciones.)

MEYER. ¡Oh, Mirelis, detén el cortejo! ¿No me has hecho ya bastante? ¿Quieres que confiese? Sí, maté a tu hermano. Pero no toda la culpa es mía. Tu hermano llegó a mí con los ojos bien abiertos. Lo vencí de igual a igual; lo mismo pudo él liquidarme a mí. (Súbitamente se interrumpen la música y las proyecciones. Se detiene toda acción. Luego surge Alí Baba, de joven obrero. Cruza el escenario, con fuertes zancadas, y se va a plantar frente a Meyer.)

ALÍ BABA. (Serio.) Soy el obrero joven que un día voló de su fábrica cuando desapareció una lima del taller mecánico. Yo no robé esa lima, pero usted me expulsó igual. Usted sabía que yo no lo había robado, pero había que encontrar un culpable.

MEYER. Un culpable, sí.

ALÍ BABA. Eso fue el 26 de julio de 1948 y yo crucé su cara con una bofetada. Nunca nadie había alzado una mano contra usted en su fábrica. Mi ficha era la 12374 y mi nombre es... Esteban Mirelis. (Sale.)

MEYER. Sí... Te llamabas Esteban Mirelis, recuerdo. (Gira hacia China.) ¡Perro! ¿Quieres confundirme nuevamente, eh? Volverme loco. Esteban Mirelis se llamaba el hombre que murió hace treinta años colgado de una viga. Lo sé porque yo mismo le prendí fuego. Se colgó con una liga estampada de flores de lis blancas, hasta que dejaron de humear los restos. (China sale de la sombra.)

CHINA. Curioso el daño que usted se hace a sí mismo. ¿Quemar fábricas? ¿Robar dinero? ¿Colgar a un hombre? ¡Qué imaginación la suya! Usted nunca llegaría a esos extremos, Meyer. Son menores los crímenes. Sólo las consecuencias son mayores.

MEYER. Y si ese muchacho no es Esteban Mirelis, ¿quién eres tú, entonces?

CHINA. Me llaman China, ya le dije. Soy un hombre que merodea. Me he sentado en cada piedra del camino. Cada puente solitario me ha servido de techo. He mirado el rostro de millones de vagabundos, y he visto el dolor, cara a cara. (Va hacia la ventana.) Hay mucha tristeza en el

mundo, Meyer, pero hoy día la estamos venciendo. (Indica afuera.) Ese muchacho, Esteban Mirelis, trabaja ahora como tractorista en el ladrillar; le queda tiempo para pensar en la ofensa. La viuda teje en las grandes tejedurías de lana; ha encontrado un nuevo oficio, y Toletole canta ahí, en lo alto de las colinas, siguiendo su arado. Todo el mundo trabaja afuera; es una lástima, en verdad, señor Meyer, que usted no entienda. (Gira hacia él; con calma.) El pueblo no se ha alzado contra usted; esa obsesión le viene de creer que su vida tiene alguna importancia. ¿Es tan difícil pensar que eso, ahí afuera, es sólo una cruzada de buena fe? ¿Un juego ingenuo de la justicia? ¡Venga! Lo invito a mirar la realidad. Es un espectáculo que recrea el espíritu. (Meyer está clavado al suelo.) Venga, únase a nosotros. Venga. Sígame.

MEYER. ¡No te creo, perro! Me has quitado mi casa, mi familia. Me has humillado ante todos. ¡No creo en esa mansedumbre tuya! ¡Sólo estás aquí por un deseo de venganza!

CHINA. Es una lástima... En verdad, es una lástima.

MEYER. ¡Dime que yo maté a Mirelis y que ésa es la razón de que estés aquí!

CHINA. Tremenda imaginación la suya, señor Meyer...

MEYER. ¡¡Dime!! ¡¡Yo maté a Mirelis!! ¡¡Dime!!

CHINA. (Desde la puerta.) Son menores los crímenes.

MEYER. ¡¡Dime, perro!! ¡¡Yo maté a Mirelis!! ¡¡Yo lo maté!! (Sale China. Súbitamente se apagan todas las luces y se enciende suave, lentamente, un canto general.)

CORO

Adán y Eva tuvieron a Caín y Abel.

Caín engendró a Irad y de Irad se multiplicaron
hasta Matusael.

Matusael engendró a Henoc y de Henoc adelante, la raza humana comenzó a rebalsar.

Y cuando Noé engendró a Sem, Cam y Jafet, la raza humana ya era masa.

Porque los hijos de Jafet fueron Gomer, Magog y Madai.

Y Javen y Tubal.

Y Mosoc y Tiras y Asanes.

Y Rifat y Elisa y Tarsis.

Y Gus y Fut y Mesraim.

Y cada uno de ellos tuvo miles de hijos, y la tierra se pobló de rostros.

Tuvieron millones de hijos cada uno, y la tierra se pobló de miseria... (Silencio total, y, de pronto, muy desvalido.)

NIÑITA. Juanito, ¿te cuento el cuento de todos los árboles?

NIÑITO. Cuenta.

NIÑITA. Todos los árboles tenían miedo a las hormigas... (Surge la voz de Meyer, desde arriba.)

MEYER. (Arriba.) ¡Basta, basta! ¡Yo lo maté! ¡Yo lo maté!

PIETÁ. (Arriba.) Lucas, ¿qué te pasa?

MEYER. ¿Qué... qué pasa? ¡Yo lo maté, mujer! ¡Rompen toda la casa! Están en todas partes...

PIETÁ. ¿Quiénes, Lucas? Despierta, hombre. Descansa. Has tenido una pesadilla.

MEYER. (Se oye movimiento arriba.) ¿Una pesadilla? ¡Oh! Los niños, ¿dónde están?

PIETÁ. En sus piezas, durmiendo, hombre. ¿Dónde vas?

MEYER. (Se abre una puerta.) Bobby, ¿estás ahí, niño?

BOBBY. ¿Qué pasa, papá?

MEYER. ¡Oh, Dios! (Se abre otra puerta.) ¿Marcela?

MARCELA. ¿Papá?

MEYER. ¡Oh!

PIETÁ. ¿Qué cosa terrible soñaste, hombre? Ven, vuelve a tu cama. ¿Dónde vas, Lucas? (Meyer baja la escalera. Enciende la luz y mira con cautela por todos lados. Va hacia la ventana y la abre. Mira afuera. Pietá lo sigue. También vienen Marcela y Bobby, poniéndose una bata.)

MEYER. ¡Oh, hijos!, vengan... (Los abraza.) Llenaban toda la casa, hijos. Estaban en todas partes, rompiendo todo, llevándose todo. ¡Oh, Dios mío! Te ibas a las colinas, mujer. Tú también, hija.

MARCELA. (Ríe.) ¿A las colinas, papá? ¿A hacer qué? ¡Qué ridículo!

MEYER. A arar... A arar, hija... Y tú, mujer, me dejabas...

PIETÁ. ¿Yo, dejarte? (Ríe. Todos ríen.) ¡Qué tonterías, Lucas!

MEYER. (Riendo.) Sí, Pietá, me dejabas.

PIETÁ. ¿Quién era esa gente que se llevaba todo, Lucas?

MEYER. Nadie... Nada, mujer. Sueños, nada más. Ya pasó todo.

PIETÁ. Sí, ya pasó todo. Ven a acostarte.

MEYER. Sí. (La sigue hacia la escalera.) Sin embargo..., todo seguía una lógica tan precisa, un plan tan bien trazado. Como si en caso que sucediera...

PIETÁ. ¿Sucediera qué?

MEYER. Creo que una vez tuvimos a un obrero de apellido Mirelis en la fábrica. Sí, se llamaba Mirelis. Esteban Mirelis, ahora lo recuerdo. Voló porque se robó una lima. Tal vez procedimos con ligereza en ese asunto.

MARCELA. ¿Y quién era Esteban Mirelis en tu pesadilla, papá?

MEYER. ¡Oh, no importa, hija! Un pirata griego. Un salvaje que merodea los mares, con su pata de palo y sus mástiles cargados de buitres. (La abraza.) Lo importante es que nada ha pasado y estamos todos juntos otra vez. (Toma del brazo a Bobby.) Imagínate, hijo, que en el sueño de tu padre, Gran Jefe Blanco, el portero albino de tu universidad, quemaba tu casaca de cuero en una gran pira de fuego en medio del patio y todo el mundo miraba, sin hacer nada. Cosas que sueña tu padre. (Lo chascone.) Vamos...

BOBBY. (Se detiene.) Papá...

MEYER. ¿Sí, hijo?

BOBBY. Eso sucedió ayer... Eso fue cierto...

MEYER. ¿Qué, hijo?

BOBBY. Gran Jefe Blanco... Ayer... Cuando salíamos de clases... Estaban en el patio de la universidad, calentándose las manos artríticas sobre una pira hecha de la ropa de mis compañeros. Estaba parado, en medio del patio, mirando arriba, a los pasillos, sin que nadie se atreviera a moverse, papá. Su mirada era tan desafiante que nadie se movió... Rector, profesores, nadie. ¿Fue eso lo que soñaste? ¿Fue eso, papá? (Los cuatro están ahí, en medio de la habitación, mirándose, cuando, al fondo, en la ventana que da al jardín, cae un vidrio con gran estruendo y una mano penetra, abriendo el picaporte.)